



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

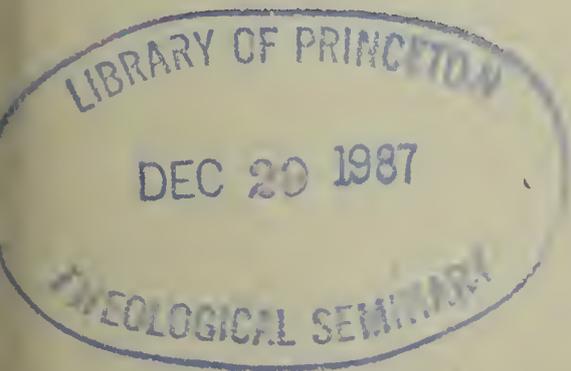
https://archive.org/details/estudios1011unse_4

ESTUDIOS

MANUEL ATRIA: "REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA". — "LOS CATOLICOS FRENTE A LA GUERRA" (DOCUMENTO).

JACQUES MARITAIN: "CONFESION DE FE". — SANTIAGO CACERES: "NEWMAN EL GENIO DE OXFORD".

PEDRO PRADO: "TRES SONETOS". —
CRISTAL DE LIBRERIA.



119

ESTUDIOS
Mensuario de Cultura General

Director:
JAIME EYZAGUIRRE
Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$ 55.—
” ” ” ” EXTRANJERO	Dólares 2.—
NUMERO SUELTO	\$ 5.—
” ATRASADO	5.60

ADMINISTRACION
HUERFANOS 972, OFICINA 501 — TELEFONO 67189
SANTIAGO DE CHILE

AÑO X — N.º 119

DICIEMBRE DE 1942

A LA HORA DE ONCE

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y
AGRADABLE EN

“ **LA NOVIA** ”

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

“ **EL IMPARCIAL** ”

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67.

INDICE

FILOSOFIA Y POLITICA

	<u>Pág.</u>
"REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA", por Manuel Atria	4
"LOS CATOLICOS ANTE LA GUERRA" (Documento) ...	25
"CONFESION DE FE", por Jacques Maritain	35
"NEWMAN, EL GENIO DE OXFORD", por Santiago Cá- ceres	50

LETRAS Y ARTE

"TRES SONETOS", por Pedro Prado	62
"NAVIDAD EN ACULEO", por Margarita Valdés de Le- telier	65

CRISTAL DE LIBRERIA: "Ustedes y Nosotros", por Waldo Frank, pág. 66. — "Presencia de Chile", por Luis Durand, pág. 66. — "Arte y Catolicismo", por Marie-Alain Couturier, pág. 67. — "Las ciencias del espíritu y la escuela", por Eduard Spranger, pág. 68. — "Didáctica general", por A. y J. Schmieder, pág. 69. — "Eminencia gris", por Aldous Huxley, pág. 69. — "La roca de Sísifo", por Roger Callois, pág. 70. — "O'Higgins", por E. Orrego Vicuña, pág. 71.

EL CORREO LITERARIO: Colección Austral, "Espasa-Calpe Argentina" 71

"EN LA HORA DE CHILE" (Nota) 72

DICIEMBRE DE 1942



LOS CLASICOS DE LA LITERATURA

en esmeradas ediciones, al alcance de todos por su precio, han sido editados por "Zig-Zag". Entre otros, seleccionamos los siguientes títulos:

El libro de oro, por Marco Anneo Séneca	\$ 10.—
Los lusiadas, por Luis de Camoens	10.—
Libro de buen amor, por Arcipreste de Hita	10.—
Entremeses, por Miguel de Cervantes	6.—
Fuenteovejuna, por Lope de Vega	6.—
La vida es sueño, por Pedro Calderón de la Barca	4.—
Lecturas medievales españolas, Selección de R. E. Scarpa	15.—
(Empastada)	25.—
Lecturas clásicas españolas, selección de R. E. Scarpa	25.—
(Empastada)	35.—

LOS CLASICOS AL ALCANCE DE LA JUVENTUD,
en las adaptaciones de la Biblioteca "PARA TODOS":

Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes	\$ 8.—
Comedias de Moliere	8.—
Robinson Crusoe, por Daniel de Foe	8.—
Quo Vadis?, por E. Sienkiewicz	10.—
La Araucana, por Alonso de Ercilla	10.—
Historias de Calderón de la Barca	8.—
Historias de Tennyson	8.—
Historias de Corneille	10.—

A LA VENTA EN LAS BUENAS LIBRERIAS
PARA CHILE, REMITIMOS CONTRA REEMBOLSO, SIN
GASTOS DE FRANQUEO PARA EL COMPRADOR.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

CASILLA 84-D

SANTIAGO DE CHILE

Filosofía y Política

“REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA”, por Manuel Atria.

“Un hálito de tragedia cruza todos los espacios; y, en virtud de una ley de perspectiva histórica, la angustia nuestra, la angustia de nuestro tiempo, de la que somos sujeto y objeto, es, para nosotros, la más espantosa de todas las angustias que han vivido los hombres”.

“LOS CATOLICOS FRENTE A LA GUERRA”.

Notable declaración oficial de principios de la Juventud Católica Argentina sobre la posición cristiana en el actual conflicto.

“CONFESION DE FE”, por Jacques Maritain.

Un balance de la ideología del discutido filósofo francés, Profesor del Instituto Católico de París.

“NEWMAN, EL GENIO DE OXFORD”, por Santiago Cáceres.

La vida admirable del gran paladín de la verdad, que llegó a la Iglesia desde lejanos y sufridos caminos.

Manuel Atira.

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA

I. — La hora de la angustia.

Para cada individuo, la hora suprema es la de su propia muerte; aquella hora fría e inexorable en que todas las cosas materiales, todo lo que pertenece al tiempo y está sujeto a la dialéctica, se acaba y no queda nada más que lo espiritual, lo que pertenece a la eternidad, lo que se sustenta de profundas raíces ontológicas. El destino del hombre, de cada hombre en su existencia individual, concreta, está como centrado en torno de esta tragedia horrible, llena de sombras y de esperanzas. La muerte ronda en torno nuestro, como un león rugiente, esperando sus víctimas, sabiendo que todos le pertenecen. Y porque metafísicamente, ella puede definirse sólo como negación de vida, nosotros que tendemos hacia la plenitud de ser con angustia expectante, sentimos ante su fría e inexorable realidad la repulsión instintiva que todo no ser produce en el ser.

Por eso, la vida terrena es angustiosa. En torno nuestro, nada hay que pueda desligarse de la muerte, nada que pueda superar su importancia. Las cosas pasan "como las nubes y como las sombras". Sólo la muerte permanece, sólo la muerte espera. Desde este punto de vista, comprendemos que Hegel haya dicho que el ser y el no ser se confunden, porque metafísicamente sólo el ser permanece, sólo el ser espera. La vida que es realización del ser, es también una perpetua agonía. Y todo lo que está sometido a la dialéctica tiene este mismo carácter angustioso. Cada realización cierra posibilidades de ser. "El hombre, sus días son como el heno, florece como la flor del campo; que pase un soplo sobre él y dejará al punto de existir; el lugar mismo que ocupaba ya no le recordará". Nuestro presente no es nada más que un pasado ya muerto y que un futuro que todavía no existe. Cuando este futuro se realice, quedará como una cosa ya hecha, como una cosa definitivamente establecida, como una cosa muerta. En el presente, sólo po-

demos ser como somos, y sólo podemos aportar como haber lo que ya hemos sido. Al menos, esto desde un punto de vista material; porque desde un punto de vista más elevado, es el futuro, lo que vamos a ser, lo que tiene importancia.

Para nosotros, en realidad, la muerte no es la nada. Si tenemos la angustia, también tenemos la esperanza. Si, en cierto sentido, podemos afirmar que el ser y el no ser se confunden, es porque sabemos que la muerte tiene mayor plenitud ontológica que la vida terrena, que la muerte es más vida que la vida misma. Cuando el santo pedía que se le librara de este cuerpo de muerte, era porque aspiraba al ser con toda la potencia de su santidad. No vamos a negar que la muerte es negación de ser; pero no la negación del ser. La negación del ser es la nada; el no ser pura y simplemente; mas este no ser no existe ontológicamente; tiene sólo una existencia de razón. Es claro que desde el punto de vista de la realidad concreta, existencial, de esta realidad que se refiere a esta realidad individual, particularizado el viejo problema platónico de la muerte, adquiere un sentido primordial. Por eso, toda filosofía existencialista, la filosofía de Heidegger, por ejemplo, más que informada por la vida, lo está por la muerte y por su angustia subsecuente.

Todo hecho concreto, particularizado, todo fluir concreto no puede ser conceptualizado plenamente, porque el concepto en él se refiere a realidades perennes y universales. La vida, en cuanto realización de un existir concreto, no cae en el campo visual del intelecto especulativo. Comprendemos perfectamente que en momentos de crisis para la humanidad, en estos momentos en que la angustia, el temor de no ser, adquiere importancia primaria en las relaciones humanas, las filosofías anti-intelectualistas invadan las conciencias inquietas. Sólo una severa filosofía de la abstracción permite comprender cómo el ser individual concreto, no es otra cosa que la actualización, la individualización por la materia significada, de la forma universal. En este mundo de los universales que existe en el intelecto, la angustia no dice su palabra; pero en este mundo nuestro de lo individual, en estas vidas que son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir; la angustia está como una acechadora implacable. Espacializamos el tiempo, como lo quiere Bergson, en un conjunto de momentos muertos, y no

podemos intuir el fluir eterno de las cosas. Porque tal es nuestra condición, porque el espíritu humano vive en la carne y la carne tiene también sus exigencias.

La vida concreta también las tiene, y también las tiene la muerte. Mejor dicho, las exigencias de la vida son las que exige la muerte, en el sentido de que nos negamos a ella. El derecho de la propiedad individual, la libertad humana, todos estos derechos incorporados a la conciencia, tienen su raíz última en el derecho a la vida; en el derecho a no aceptar para cada uno más muerte que la que resulta de designios enteramente ajenos a toda voluntad creada. "¡Oh, Señor, dad a cada uno su propia muerte!", dice inspiradamente Rainer María Rilke. En poesía podemos afirmar que este derecho a una muerte propia, fundamenta todos nuestros derechos vitales. Por eso, en estos instantes en que la guerra ha acumulado factores de muerte, en que la muerte se distribuye en serie como, después de una catástrofe, se distribuyen alimentos, el dolor y la tragedia han hecho nuestro existir más angustioso. Para la humanidad; he aquí de nuevo la hora de la angustia!

II. — Los problemas de la guerra.

1. Porque el mundo vive una nueva hora de angustia, quizás la más tremenda, desde un punto de vista puramente humana. Sabemos que nunca la humanidad podrá liberarse totalmente de su angustia, porque ella está enraizada en toda existencia temporal, en toda existencia amenazada por la muerte. El "ser tenido y amenazado", fundamenta la angustia, según Heidegger; y nunca como ahora, el ser de la humanidad aparece con más inminentes amenazas. Se han centuplicado y perfeccionado los modos de matar y la guerra total no deja a nadie libre de su garra fatídica. Un hálito de tragedia cruza todos los espacios; y, en virtud de una ley de perspectiva histórica, la angustia nuestra, la angustia de nuestro tiempo, de la que somos sujeto y objeto, es, para nosotros la más espantosa de todas las angustias que han vivido los hombres. Y bajo un soplo fatídico, debemos analizar esta hora, debemos analizarla viviéndola, debemos buscar las razones objetivas, sabiendo que en cada instante nos quema la sangre el aliento de la muerte y que debemos olvidar nuestros dolores para juzgar los dolores de los hombres. Nada hay más difícil que

mantener una actitud objetiva cuando, por más que se quiere, no se puede ser sólo espectador, y se es arrastrado por el flujo mismo de las cosas analizadas. Pero, por lo mismo, nunca como ahora es tan necesario plantear los problemas, no nuevos, sino eternos, que nos descubre la guerra. Un planteamiento sereno de estos problemas es un gran avance en el camino de su solución. "Lo que pido —dice San Pablo— es que vuestra caridad crezca más y más en conocimiento y en toda discreción, a fin de que sepáis discernir lo mejor". He aquí toda la teoría del conocimiento práctico, y es en esta teoría en la que debemos inspirarnos.

El problema de la guerra y todo lo que a ella se refiere, es el problema más importante de la hora actual. Y esta guerra moderna tiene ciertas características especiales que la diferencian fundamentalmente de todas las otras guerras. En primer lugar, es una guerra total, no sólo por su extensión geográfica, que abarca casi la totalidad del mundo, sino porque en ella interviene de una manera excepcional la totalidad de cada nación en guerra y no solamente el elemento guerrero y porque todos los factores que determinan la vida de la sociedad, económicos, políticos y culturales, se encuentran en ella comprometidos. Si juntamos los aspectos de las luchas de expansión político y comercial con los de las luchas ideológicas, veremos que todos los horrores y todas las bajezas de la humanidad se han juntado en esta hora. Todo el potencial de odio, de odios materiales e ideológicos se ha desencadenado; todos los ancestrales instintos de destrucción, todos los instintos primitivos, dominados por siglos de civilización, han aflorado a la superficie. Y junto a esto, la ciencia acumulada por los hombres, aquello mismo que deberá servir a la vida de la humanidad, se ha puesto al servicio de la muerte.

En estas condiciones el problema de la guerra, el problema de esta guerra, también se ha hecho total. No son solamente los fines los que deben ser analizados, sino también los medios y no podemos dejar de recordar que, de ninguna manera, el fin justifica los medios. Antes que nada debemos dejar sentado que la guerra es un medio y que, en ciertas condiciones excepcionales, puede ser justificado. Digamos que es un fin excepcional, extremo, que, de acuerdo con la proporcionalidad que debe existir entre los medios y el fin, únicamente se justifica por un fin excepcional, y sólo después que todo

otro medio, para conseguir el mismo fin, ha sido agotado. En consecuencia, tenemos que para aceptar la guerra como medio, se requieren al menos algunas condiciones primordiales: justa causa, es decir, que se trate de la grave violación de un derecho fundamental que signifique un atropello para la dignidad de una nación, o para sus intereses vitales; obligatoriedad, es decir, que todo otro medio legítimo haya sido ensayado y agotado; medios proporcionadamente eficaces, es decir, que no se use de recursos que violan los derechos de la humanidad y que no se proporcionan al fin buscado, y recta intención, es decir, que realmente el objeto de la guerra sea promover el bien y evitar el mal.

Tal es más o menos la doctrina tradicional de Santo Tomás respecto a tan grave problema. Agrega el filósofo la condición de que sea declarada por la autoridad legítima, porque pertenece a la autoridad el cuidado de la república y, en consecuencia, su defensa. Desde el punto de vista de una justa crítica del conocimiento, la doctrina de Santo Tomás se sitúa en un grado de abstracción, que corresponde a lo que en moderna filosofía tomista se ha denominado conocimiento especulativo-práctico. Pero, ante los hechos producidos, es el conocimiento práctico-práctico el que interesa y en este terreno, una doctrina justa de la guerra no se ha hecho todavía y quizás nunca pueda hacerse. Porque, los hechos concretos presentan tales particularidades, materialidades y contingencias, que en último término sólo Dios puede conocer la justicia o la injusticia de un hecho histórico. Más que resolver problemas, queremos aquí plantear problemas, definirlos, considerando que una serena planteación de ellos es un gran paso dado adelante. Esta guerra de ahora ha hecho aflorar en las conciencias problemas eternos, problemas que siempre han inquietado a los hombres, pero que en estos instantes tienen una dolorosa y sangrienta actualidad.

2. En un terreno puramente especulativo, y considerando la condición de la justa causa, es evidente que, si uno de los bandos lucha por la justicia, el otro lo hace por la injusticia. Una causa no puede ser justa e injusta, a la vez, en sí misma, en sus razones ontológicas. Pero en el terreno práctico en que, a las razones ontológicas, se añaden particularidades concretas, condiciones contingentes y por último, las exigencias de

la materia que en último término determina la existencia misma del hecho histórico, bien puede suceder que ambos bandos luchen por la justicia, ya que, como lo hemos dicho más arriba, la verdad del juicio prudencial que es el principio de la acción, reside sólo en su conformidad con una conciencia bien dirigida. En el conocimiento práctico hay primacía del juicio sobre el concepto, lo que no quiere decir que el concepto pierda su primacía primordial. En consecuencia, no hemos querido decir que las condiciones existenciales puedan hacer variar el sentido de las razones ontológicas. Lo que es malo en abstracto, también es malo en concreto, pero la aplicabilidad de lo abstracto a lo concreto, modifica, si no el concepto de lo justo, la apreciación de lo justo. Es evidente que defender la dignidad y la vida de una nación por la guerra, cuando ésta es el único medio, es un acto moralmente justo; pero puede suceder, en un caso concreto que ambos bandos en lucha estimen que defienden la dignidad y la existencia, el ser o el no ser de su propia nación.

Porque la guerra, como medio extremo, sólo puede ser aceptado en el caso de que peligre el ser de la nación. ¡Medio angustioso, que se define en razón de la angustia, del temor de no ser, "del ser tenido y amenazado", repitiendo la frase de Heidegger, hacer de la guerra, un fin, un deporte, un modo de adquirir ganancias, o cualquiera otra cosa que no sea la recuperación de la seguridad de vivir es la bajeza más infame, el crimen imperdonable contra la humanidad!". El solo pensamiento de la guerra —dice Pío XI a las enfermeras católicas—, sin añadirle nada, hace estremecer". Y agrega: Una guerra que no fuese más que de conquista, sería evidentemente, una guerra injusta: he ahí una cosa que excede toda imaginación, he ahí una cosa inefablemente triste y horrible. Nos no podemos pensar en una guerra injusta; no podemos ni siquiera vislumbrar sus posibilidades y nos la apartamos deliberadamente. Nos no creemos, no queremos creer en una guerra injusta".

Pero este pensamiento horrible es algo que viene a nuestra mente, cuando consideramos cualquier hecho de guerra. "La guerra vino porque tenía que venir, porque la pendiente fatal de las cosas conducía a la guerra"; se oye decir aún a ciertas personas de cierta cultura y a ciertos pensadores influidos por una filosofía determinista de la historia. Mas, para

nosotros, que sabemos que todo hecho existencial es contingente, que sabemos que a las contingencias materiales se opone la libertad del espíritu, que todo lo que existe, excepto Dios, no existe necesariamente, sabemos también que la guerra podía ser evitada, suprimiendo las injusticias tremendas, los apetitos y las concupiscencias del odio que a ella conducían. Nosotros sabemos que son las injusticias realizadas, las injusticias que se encarnaron en la historia, las primeras que deben ser reparadas para evitar los desastres futuros, y que no son los amos injustos del mundo los que tienen derecho a gritar por la libertad del mundo.

Que la victoria da derechos, sí, pero, ¿qué derechos? Acaso en este mundo solicitado no sólo por la gracia, sino que también por el demonio, es siempre la justicia la que triunfa? Acaso el vencedor no tiene en sí todas las flaquezas de la carne y no se envanece con la soberbia de haber vencido? "El vencedor —dice un novelista español— es la más brutal e insensata bestia que engendra el mal en las tempestades humanas". Esperemos que en esta guerra de ahora, el que venza, sea quien sea, sepa comprender que el vencido también tiene sus derechos y que es sólo la caridad lo que puede engendrar la paz verdadera.

3. Pero volvamos a nuestro tema. Si en el terreno del conocimiento práctico ambos bandos pueden luchar por la justicia, en el terreno especulativo ambos bandos pueden ser injustos. Porque, aun cuando la causa sea justa, si no se cumplen las demás condiciones, la guerra llega a ser injusta. Si los medios son injustos, la guerra también lo será, aunque la causa no lo sea, y toda la justicia ontológica de ésta se habrá perdido. Y no hay que olvidar que, una vez la guerra producida, hay un desencadenamiento enorme de fuerzas materiales, una alegría del demonio, un desencadenamiento de los primitivos instintos de odio, y todas las exigencias materiales de la guerra llegan, en casi todos los casos, y de hecho podemos decir que así ha sucedido siempre, a ahogar las exigencias formales de la justicia. Nada hay más difícil que mantener una actitud serena cuando la violencia ha dicho su palabra. Y no es que la violencia sea una cosa mala, vedada. Hay una sagrada violencia, la de la justicia, la violencia con que Cristo echó a los mercaderes del templo. Cristo era el hombre perfec-

to y cuando usaba el látigo, tomaba una actitud perfectamente humana.

Abominar de la violencia porque es violencia, es renegar de nuestra condición de hombre. Ninguna actitud tolstoiana puede ser aceptada. Si la violencia es un recurso extremo, no pierde por eso su calidad de recurso, aunque sólo deba ser usado con extremadas precauciones. Es doloroso recurrir a ella. Hay como una renuncia a toda la potencia del espíritu, una como subordinación de éste a la materia. Todo el universo se estremece y los ángeles se cubren el rostro delante de Dios, porque el hombre derrama la sangre del hombre, el hermano la sangre de su hermano. Y entonces parece que, ahogado por el horror de la muerte, el silencio de Dios llenara el mundo. Nada hay más desesperante para el hombre que el silencio de Dios.

4. He dicho que las exigencias materiales de la guerra no deben hacer olvidar las exigencias formales de la justicia. Es necesario a toda costa mantener la guerra en su razón de medio. Pero por aflojamiento de las potencias espirituales, por la gravitación inherente a la causalidad material que tiende a absorberlo todo, las exigencias de la materia, en un proceso tan profundamente materializado como es el de la guerra, adquieren primacía, y el medio tiende a tomar un valor de fin. Es claro que no existen en los procesos materiales un medio formal, un medio que sea exclusivamente medio. Todo medio es fin, en cierta medida, pero fin relativo a un fin ulterior, que es el que tiene la verdadera importancia. Cuando este fin, la causa de la justicia, por ejemplo, éstos deberían mantenerse en su proporcionalidad propia. Olvidar esto es pecar contra la jerarquía axiológica. Ganar la guerra podrá tener una primacía cronológica, pero la justicia tiene una primacía trascendental. Ganar la guerra para una causa justa por medios injustos, es envolver la justicia en injusticia, es un pecado de sacrilegio.

No creo que haya nada más vergonzoso para la especie humana que el comercio de la guerra, que el mantener un estado angustioso para la humanidad, por razones que no justifican esta angustia, por razones de índole comercial, por razones de especulación o lucro, por razones de la inadaptabilidad de las masas a las nuevas condiciones económicas de un estado

de paz. Cualquiera ocasión de hacer la paz, salvaguardando los sagrados intereses de la justicia, debe ser aprovechada aun cuando esto signifique el advenimiento de graves trastornos económicos. La paz es el primer bien que se le debe a los pueblos. Todo sacrificio, que no sea el de la propia dignidad, para obtenerla, algún día tendrá su recompensa. Es doloroso ver cómo se olvidan las causas mismas de esta guerra, cómo de ella se ha hecho una cuestión de vanidad propia y cómo todo esto hace más difícil un posible entendimiento de los pueblos.

Pero, ¿qué entendemos por medios proporcionados? Precisarlos es difícil. El hecho es que una vez producida la guerra por una causa u otra, tiende siempre a convertirse en guerra total. Es una ley de la historia, una ley de gravitación, que todo proceso adquiere siempre un carácter ecuménico. El movimiento nacionalista de los últimos tiempos, aunque parezca contradictorio, posee características universales, y sus detalles se repiten en los diversos pueblos, a pesar de las diferencias materiales de cada uno. La igualdad esencial del espíritu humano, la igualdad formal de las razas y pueblos, hace imposible fijar límites geográficos a los fenómenos de la historia humana. Pero las diferencias materiales, las características raciales están ahí, y por una ley de compensación histórica, toda tendencia universal, adquiere, tarde o temprano, características específicas en cada pueblo. Como en todos los problemas del espíritu humano, distinguir para unir, es la condición primordial para la resolución de aquéllos que se refieren a la sociología universal.

Ambas leyes también se cumplen en los fenómenos de guerra, porque nada de lo que sucede a un pueblo puede ser indiferente al resto de la humanidad. La guerra, como lo he dicho, tiende a hacerse total. Abarca cada vez más pueblos y envuelve, por otra parte, la totalidad de las actividades de cada pueblo. En la actualidad se vive para la guerra, se piensa en función de la guerra, se reacciona en relación a ella, se ama y se odia por la guerra. Mantener la paz es una actitud heroica, más heroica aún, cuando se presiona por uno de los bandos en lucha y cuando vemos que esta paz significa trabas para el progreso y el desenvolvimiento material. Pero el espíritu se alimenta de heroísmos, y este heroísmo de la paz, es el más grande de todos los heroísmos. ¡Benditos sean los pueblos para quienes el mantenimiento de la paz significa el de

su propia dignidad! Para ser dignos, hay que ser pacíficos, y cuando, basándose en una prepotencia material y sin ningún derecho, se nos prohíbe ser pacíficos, el serlo siempre significa una dignidad inmensa.

La guerra tiende a ser total; pero en virtud de la ley de compensación, adquiere aún en el aspecto militar, características relativas a cada pueblo. Es conocida la fama de la antigua infantería española y de la marina inglesa. Aun en esto, cada pueblo pone su sello distintivo, algo así como la marca de su personalidad. La unión de los pueblos, si alguna vez es posible, no se hará basada en una teórica igualdad internacional, sino a base de una universalidad formal. La palabra universo tiene un hondo significado. La unión no será un conglomerado amorfo, una renunciación a las características determinantes, sino un universo, algo uno y divino. La creación del universo es, en cierto sentido, el determinante del flujo histórico. Crear un universo moral, un universo de relaciones humanas entre los distintos pueblos, de acuerdo con las exigencias de la naturaleza y de la justicia, tal es el gran problema de la sociología humana.

Pero volvamos a los medios de guerra. Es claro que, por ser la guerra justa un acto de violencia justa contra una violencia injusta, sólo serán permitidos aquellos medios violentos que directamente se oponen a la violencia. En consecuencia, toda acción militar que se dirige en contra de la población civil, en contra de aquéllos que no participan directamente en los actos de violencia, debe ser rechazada por injusta. Los bombardeos contra objetivos no militares y el bloqueo universal, hacen injusta una guerra por más que la causa sea justa. Nada hay más desconsolador que el bloqueo, la condena a muerte de la población indefensa. Es cierto que el bloqueo local, digamos el cerco, puede ser un legítimo acto de guerra, siempre que se permita la salida de la población civil. En general, pueden considerarse como medios legítimos, aquéllos que en alguna medida, persigan finalidad de carácter militar: De ninguna manera es justificable, por ejemplo, el maltrato de prisioneros, o el asesinato de jefes enemigos en ciudades ocupadas. Recurrir a este último medio es algo que parece justificar represalias, por más que éstas en sí misma, sean injustas.

5. Pero, se me dirá, en estas condiciones toda guerra es injusta. En cuanto verdad de hecho, sí, al menos en los tiempos modernos. En teoría, puede haber una guerra justa; en teoría, en ciertas condiciones, puede haber justicia y justicia necesaria, en un acto de violencia. Toda existencia es y debe ser una violencia, para ser humana, para no ser una simple caída en los orígenes, un retorno a los instintos. El acto de amor es un acto violento, y para ser plenamente un acto de amor, supone una violencia contra sí mismo, una ascensión, una contra pendiente. Pero también hay una violencia de las cosas caídas, una violencia original, resultado del abandono, del no saber ser violento humanamente. El no aceptar dignamente la violencia de la justicia, el cooperar con ella no porque es justa, sino porque es violencia, significa casi siempre la caída en la violencia demoníaca. A la violencia de Dios se opone la violencia del diablo; pero también a la paz de Dios se opone la paz del demonio. El enemigo es astuto y conoce las argucias de los amigos y sabe aprovecharse de todas las ocasiones para mancillar, de todas las justicias para hacer injusticias.

Sabemos que este mundo del hombre pertenece, en cierto sentido al demonio. Los enemigos de la humanidad no están afuera, están en medio de la humanidad, se estremecen y sienten con ella. El hombre es una naturaleza caída, tiene un vicio de origen, por pendiente, por gravitación cae en el mal como un pájaro que de repente se olvidara de sus alas. La guerra que puede tener una causa justa, lleva también en sí esta pesadez de lo perverso, esta gravitación, este instinto de caída hacia el abismo malévolos. Como acto existencial sufre las exigencias propias de la materia, el imperioso llamamiento del abismo, y llega un instante en que estas exigencias de la guerra como violencia, en sí misma, llegan a superar las normas de justicia y de equidad. La concupiscencia del triunfo, el instinto ancestral de macho vencedor, obscurece todo sentimiento, toda consideración humana. Entonces es cuando se dice que "lo primero es ganar la guerra", que las demás cosas vendrán por añadidura.

Se olvida que la injusticia no puede engendrar justicia, que es contradictorio pensar que pudiera engendrarla, que aun cuando por accidente pudiera llegarse a ciertas formas de justicia, éstas estarían viciadas por un vicio de origen y no

tardaría en llegar a aflorar a la superficie de las cosas la injusticia esencial. Una causa justa sólo se puede defender por medios justos, y desde el momento en que se usan medios injustos, la causa misma deviene injusta. Hemos dicho que la guerra, como proceso material, comporta en sí una cierta irracionalidad. No siempre triunfa la causa de la justicia.

El mal en este mundo viciado puede tener más potencia material que el bien y el mal puede obtener la victoria. Lo esencial, en consecuencia, no es ganar la guerra, lo esencial es mantener la justicia. Me refiero a lo primero esencial, a lo que es ontológicamente esencial, a lo que va a tener un sentido eterno. Y una vez terminada la guerra, lo esencial es que el vencedor, sea quien sea, no imponga su concupiscencia de triunfo, sino que se someta, él también, a las normas de la justicia inmutable. Sólo es justo aquél que sabe triunfar por medios justos y que sabe imponer una paz justa; el que busca primero el reino de Dios y su justicia y espera que las demás cosas le vengan por añadidura.

6. Porque, desgraciadamente, la paz también suele ser injusta, y de hecho en la historia, la paz siempre ha sido injusta, porque ha sido el resultado y la expresión de la concupiscencia del triunfo. Un ejemplo, el tratado de Versalles. A la nación vencida, se la consideró únicamente en su calidad de vencida, y no en su calidad de nación que tiene tantos derechos como la nación vencedora. Aun cuando el vencido hubiese sido el agresor injusto, no por eso perdía sus derechos de nación, ya que estos derechos son inherentes a la naturaleza misma de la sociedad humana y no dependen del resultado favorable o adverso de una empresa militar.

Y con este ejemplo tocamos uno de los errores más característicos de los tiempos modernos, el reemplazo del Estatuto por el contrato. Hilaire Belloc, en su magnífico libro sobre "La Crisis de nuestra Civilización", ha analizado brillantemente los aspectos y los resultados de este reemplazo en las condiciones políticas sociales y económicas de la sociedad humana. El estatuto incluye la idea de "posición"; para decirlo de una manera grata a los modernos de "función". Un algo tiene derecho en cuanto tiene una función que cumplir, en cuanto su actividad propia es necesaria para el bien de la colectividad humana. El estatuto supone, en con-

secuencia que existen ciertas leyes naturales, es decir, leyes que se desprenden de la naturaleza misma de los hombres que rigen la organización de la vida privada y de la vida colectiva. Hay un derecho natural anterior y superior a todo derecho positivo y éste sólo tiene valor en cuanto es sólo una explicitación de aquél.

El contrato, en cambio, es sólo una expresión de la voluntad humana, que puede ser justo cuando no contradice las exigencias del derecho natural; pero que suele ser injusto. No basta la simple aceptación, ni siquiera absolutamente voluntaria, para fijarle una línea a la justicia. Un contrato justo debe ser cumplido; pero un contrato injusto debe dejarse sin cumplimiento (a no ser que este incumplimiento acarree injusticias mayores). En el mundo moderno se considera que, por el hecho de ser contrato, todo contrato debe ser cumplido, independiente de su calidad íntima. Analizar la gestación y la evolución de este espíritu de primacía del contrato, es algo que se ha hecho en varias ocasiones. Hay en él, como en todo este mundo moderno, algo que deriva de la "libre interpretación de Lutero", de la posición filosófica de Descartes, pero de una manera más inmediata y próxima de "la voluntad soberana" de Rousseau. En general, podemos decir que esta primacía del contrato es un resultado de las tendencias anti-católicas que informan la sociedad actual.

Cuando los principios cristianos, mejor dicho la savia vital del catolicismo, informaban la actividad de la sociedad humana, cada nación se consideraba como depositaria de un tesoro hasta cierto punto divino, como dueña de una heredad que no era sólo mayor o menor extensión geográfica, sino un algo organizado, un bien para los hombres; cada nación sabía que tenía una misión que cumplir, para los pertenecientes a ella, en primer lugar y para las demás naciones en seguida. No quiere decir esto que en aquel tiempo la vida internacional fuese perfecta. No, no era la edad de oro. La materia tenía sus exigencias propias. El demonio decía sus consejos perversos. Había guerras y sangrientas; había odios; había rencores. Pero, por encima de todo, dominaba un deseo de someterse al espíritu y de cumplir la palabra de Dios. Entonces, una autoridad moral estaba por encima de los intereses nacionales. Era la autoridad del Obispo de Roma, en cuanto Jefe de la Cristiandad. Y en el plano mera-

mente político surgía la idea del Imperio, no como un imperialismo, como el dominio de una nación sobre las otras, sino como el reconocimiento de una realidad que responde al hecho de que, aunque las naciones sean independientes y tengan su vida propia, están ligadas entre sí por lazos que derivan de su igualdad esencial, de su origen común y su destino común. Esto es, en el plano internacional, lo que denominamos el Estatuto.

Cuando en el siglo XVI, vino el gran cisma, la herejía enorme, el pecado alemán, todo esto se desvaneció, con más o menos rapidez. Las naciones, como los individuos, se consideraron cada una un todo en sí, una entidad absolutamente autónoma que no estaba ligada a nada, sino que a aquello que voluntariamente quisiera ligarse, y esto mientras lo quisiera. Surgió entonces el egoísmo de la patria y el deseo de crear cada uno y por cualquier medio su propio imperio. Quizás como una compensación o como un castigo histórico, cuyo secreto no conocemos, por haber tenido su origen el pecado religioso en Alemania, Alemania llegó tarde a la creación de estos imperios artificiales y sólo hace poco ha logrado constituirse como una realidad patria. Es inútil pretender escudriñar el secreto de Dios en el flujo histórico. Pero si podemos asegurar que esta inestabilidad de la vida internacional, esta idea estática de las naciones que responde únicamente a realidades geográficas, esta especialización, por decirlo así, de la vida de sociedad, reconoce en su fondo un origen religioso. No hay ninguna autoridad moral que esté por encima de las naciones. Y en este estado de cosas, éstas se someten sólo a la fuerza, lo que trae una hipertrofia del elemento militar en detrimento de otros valores vitales, y son esclavas de los intereses materiales y, en último término, de los intereses de la banca.

Que esto había de conducir a conflictos y que estos conflictos serían cada vez más sangrientos y abarcarían cada vez más la totalidad de la actividad humana, era algo fácil de sospechar. La historia, resultado, como todo proceso de devenir humano, del concurso de fuerzas de libertad y de necesidades naturales, debe situarse en una especie de equilibrio de espíritu y materia; en un punto en que la materia dominada por el espíritu sea reconocida en sus necesidades esenciales. Hay una doble desviación cuyas consecuencias

siempre serán perniciosas para la humanidad: la desviación idealista que no reconoce la condición carnal del espíritu y la desviación materialista que niega sencillamente al espíritu. En ambos casos, el que sale perdiendo es el hombre, la humanidad; y la catástrofe no tarda en producirse. La realidad siempre tiene su hora y se desquita casi siempre acentuando las necesidades materiales, las exigencias de la carne. Quizás el espíritu dominante del mundo moderno tendía hasta cierto punto a liberarle de las exigencias exteriores, de las exigencias del objeto. En lo religioso no se reconocía más autoridad que el libre examen; en lo moral, el imperativo categórico de Kant estatucía la moral autónoma; en lo político social, el contrato de Rousseau creía asegurar la libertad humana, y en lo económico se consideraba que el libre juego de la competencia asegurarían el bienestar y el progreso del hombre. Pero la historia tenía que decir su palabra, y esta palabra última ha tenido la forma del ateísmo y de la secta del comunismo universal.

7. Acusar a un país de no cumplir un tratado, no significa en sí nada. Primero habrá que averiguar si este tratado llena, al menos, fundamentalmente, las exigencias de la justicia; luego, si su violación no acarreará mayores males e injusticias que aquéllos que quieren evitarse. Es claro que la guerra puede ser uno de estos males y que habrá que hacer todos los sacrificios posibles y renunciar a muchas legítimas aspiraciones antes que exponer a la humanidad a esta catástrofe. Pero, cuando un tratado atenta contra la existencia misma de una nación, contra su razón de ser histórica, entonces el no cumplirlo puede llegar a constituir un imperativo ineludible, y su violación un acto de justicia o de legítima defensa. Por otra parte, hay que considerar el dinamismo propio de la historia, y debemos establecer desde un principio que, las circunstancias existenciales pueden hacer variar, aun el sentido de justicia de un tratado determinado. Ciertas relaciones internacionales que pueden ser justas en una época histórica, devienen inaplicables o injustas con el correr de los años, cuando las condiciones, ya sean internas o exteriores de las naciones, han variado fundamentalmente. Ningún tratado, así como ninguna obra humana, tiene validez eterna. Un tratado que fuese justo en el año mil, bien puede ser injusto en el año dos mil, y esto no porque la justicia o la

moral en sí sean variables, sino porque la aplicabilidad de los principios inmutables de la justicia y de la moral a las cosas existenciales es esencialmente contingente.

Las naciones no son cosas materiales estáticas, como lo es una piedra. Son todas virtudes, de procedencia humana, sometidas como el hombre a la temporalidad y a la angustia. Las naciones crecen y se desarrollan, y hay algunas que desaparecen para siempre. ¿Qué se diría de alguien que pretendiera defender el derecho de los fenicios a Cartago, basado en que fueron sus fundadores? Hay una gravitación de la muerte y sólo por una voluntad potente, por un principio justificativo de acción, pueden las naciones mantener su existencia. Cuando todo aquello espiritual e íntimo que le daba forma desaparece, también desaparece la nación como entidad cultural y acaba por desaparecer como entidad geográfica. Esto es lo que, con cierto fatalismo, se ha denominado sino, pensando en extraños poderes ocultos que dirigen la vida de las naciones. Pero no se trata de otra cosa que de la ley inherente al todo virtual, el que sólo tiene su calidad de todo en virtud del principio que le informa y le da su unidad. Tan pronto como este principio pierde su vitalidad, su fuerza interior, el todo se disgrega en sus partes constituyentes, y pasa a ser sólo un conglomerado.

Más que unidades geográficas, las naciones son unidades culturales, unidades del espíritu. Toda nación, para mantener su estabilidad vital, debe unificarse en razón de un espíritu, debe sentirse depositaria y defensora de una cultura. Sabe que no es la latitud ni la longitud geográfica lo que le da su razón de existencia, sino esa cuarta dimensión de San Pablo, esa profundidad que la hace enraizarse en la historia y une a su existencia misma como nación, la existencia y duración de valores vitales para la humanidad. Es esto lo que de nuevo debe aflorar a la conciencia histórica, esto que hemos denominado el Estatuto, la "posición" de una nación en el conglomerado nacional. Que se sienta que cuando una nación desaparece, por el hecho de desaparecer con ella aquello de que ella era depositaria, pierde la humanidad entera un valor vital. Cuando el "depósito" de la nación judía pasó a la gentilidad, su desaparecimiento se hacía inminente y no tardó en producirse como hecho histórico. Ya la humanidad no perdía nada, porque lo que antes era patrimonio de ella,

otrora había pasado a ser patrimonio supranacional, católico, de la Iglesia de Roma.

Uno de los más graves males de esta primacía del contrato en el mundo moderno es la degeneración del concepto de nación como entidad cultural en un concepto que la considera únicamente como entidad geográfica. Se fijan los límites en un tratado: mares, ríos, cordilleras y la nación queda convertida en una cosa material, estática, sin vida, sin espíritu. La forma geográfica, material, determina su esencia; la forma espiritual de la cultura se pierde. Toda la vida de la nación se relaciona, en consecuencia, a sus coordenadas geográficas; la dialéctica histórica responde a las variaciones de longitud y latitud; y todo crecimiento en profundidad, en cultura, tiene sólo un sentido secundario. La vida queda subordinada al espacio; el espíritu no sólo se manifiesta a través de condiciones materiales, como es la ley de lo humano, sino que pasa a ser una manifestación de la materia misma, una superestructura, como lo quiere el marxismo. Se explica así el aumento del aparato militar. Se explica también la interpretación materialista de la historia, ya que ésta es la única interpretación posible del mundo moderno.

Pero el mundo moderno es sólo una forma anti-humana del mundo. Es anti-humana, porque es anti-nacional. Se ha pretendido liberar a la razón del dato, de la realidad, de aquello con lo que la razón debe trabajar. La razón no se centra en el objeto, sino que se afirma por un acto de voluntad, de autonomía, desligada de conocimiento. El acto de voluntad debe seguir al acto de conocimiento; pero el conocimiento debe buscar su fundamento en la realidad. Nada hay más ridículo, si no fuese al mismo tiempo trágico que esa pretendida creación del porvenir histórico, mediante la firma de tratados. Que en teoría los tratados pueden ser justos o injustos, es una verdad, que no merece ser discutida. Que en este mundo moderno todo tratado de paz ha sido injusto, es una verdad de hecho, de experiencia histórica. No debemos olvidar que sólo una superación de las condiciones espirituales mismas de este mundo puede traernos, si no una paz eterna, una paz más conforme con los destinos humanos.

8. Dice Hilaire Belloc en el libro a que me refería más arriba: "La evidencia sobre la cual descansa nuestra conclusión histórica, debe incluir mucho más que simples docu-

mentos. Mucho más que documentos testimoniales. Debido a ello, recurriremos a la tradición y al sentido común". Esta verdad de crítica histórica tiene capital importancia. El desprecio de la tradición no sólo falsea el análisis de los hechos de la historia, de su planteamiento gnoseológico, sino que desvía su planteamiento práctico, en cuanto la voluntad o la libertad humana tiene influencia en el devenir histórico. Un documento que no responde a una tradición viviente, es una letra muerta. El documento en sí mismo no es nada más que un signo o símbolo de algo más profundo. Cuando ese algo más profundo no existe o ha perdido su importancia vital, el documento sólo puede mantenerse por la fuerza de las armas. Pero en el mundo moderno, el documento, el tratado, tiene la primacía y la tradición ha desaparecido casi totalmente. Esto que empezó en lo religioso, continuó en lo político y se prolongó hacia lo económico. La palabra viva fué sustituida por la palabra escrita, y no hay que olvidar que si ambas son símbolo, aquélla es mucho más material que ésta. Nunca la palabra, y mucho menos la palabra escrita, podrá reemplazar al espíritu. Esto bien lo sabe el artista. Pero el estadista ha creído que el espíritu de los pueblos puede encerrarse en una numeración de artículos y que la historia se hace con su firma más o menos ilegible.

No se crea que afirmo que el tratado debe ser suprimido y que sea necesario volver a los antiguos juglares para que nos recuerden de memoria nuestras obligaciones. Nada de eso. El tratado debe ser mantenido como un signo instrumental; pero hay que insistir en su carácter de signo, de expresión de otra realidad más viva y no de realidad en sí misma. No vamos a construir el porvenir a nuestro arbitrio. Nuestra voluntad tiene participación en la historia; pero no es lo único que hace la historia.

Podrá haberse mantenido documentalmente la separación de nuestros países de América Latina y su unión a una solidaridad continental absurda. Podrá esto entusiasmar a algunos. Pero terminará por imponerse en la historia el sentido común de que habla Hilaire Belloc y la tradición viviente de la América hispana, una por su sangre, por su historia y por su religión, acabará por triunfar. Dios bendecirá el documento que sea la expresión de este anhelo y de esta realidad histórica.

9. En tiempo de guerra, la primera obligación del estado es la de la creación de la paz, así como en tiempos normales lo es la de su mantenimiento. Podrá discutirse si hay obligaciones más urgentes, pero lo que no puede negarse es que no la hay más primordial. Precisamente, una de las funciones que justifican la existencia del Estado en su realidad social y política, es el mantenimiento de la paz interna y de la paz exterior. Los países que han entrado en beligerancia, sólo podrán satisfacer su exigencia vital en cuanto esta beligerancia tiende a producir las condiciones básicas para la obtención de una paz justa y digna. Para los países a quienes aun no alcanza la guerra, el mantenerse alejados del conflicto, tiene las exigencias de un impelativo categórico. No quiere decir esto que no exista una cierta solidaridad internacional o simpatía internacional, que hace que todos y cada uno se sientan conmovidos y afectados cuando la guerra llega a algunas naciones; pero esta solidaridad o simpatía sólo justifica los esfuerzos que las naciones neutrales hacen y deben hacer para la más inmediata terminación del conflicto. He aquí una verdad fundamental. Alargar una guerra deliberadamente, es un pecado contra la humanidad, que tarde o temprano debe recibir castigo. Y lo es también, además de ser una estupidez, el considerar enemiga a una nación, por el hecho de mantenerse neutral.

Para los países de América, había un heroísmo más grande que todo heroísmo bélico, era el heroísmo de la paz. Es inútil y tonto hablar de solidaridad continental, como lo he dicho antes, solidaridad material geográfica. Con la misma razón podría hablar Alemania de una solidaridad continental europea, y el Japón, de una solidaridad continental asiática.

Ya más arriba he hablado de la solidaridad del espíritu, de la solidaridad basada en la Religión común y en las lenguas comunes. Esto sigue siendo nuestro y seguirá siéndolo. Esto es lo que está encarnado en nuestro espíritu, en el espíritu de esta América nuestra, "que aun reza a Jesucristo y que habla en español", cualesquiera que sean las circunstancias accesorias y las actitudes que oficialmente pudieran tomar los gobiernos de estos países. Hay que decirlo en voz alta: no existe la solidaridad continental, porque no tiene sentido profundo, no se enraíza en los resortes secretos de la vida de las nacio-

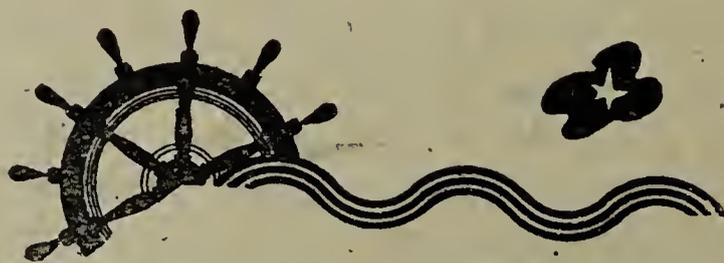
nes, una solidaridad que sólo se fundamenta en la materialidad geográfica o en las necesidades económicas de ellas. En cambio, lo que no puede ocultarse, lo que alguna vez tendrá que salir a flor de piel, por más artificios oficiales que se le opongan, es la diversidad fundamental del espíritu de las culturas de Norte y Sud-América, o si se quiere, con más precisión de América Sajona y de América Latina.

10. La paz no es el resultado de la inercia, del dejar hacer, del dejar pasar de las naciones. Como toda creación del espíritu, necesita un cuidado constante, una inquietud, una preocupación constante, para su mantenimiento. Muchas veces se oye decir que quizás el estado natural de los pueblos es la guerra. Si los pueblos únicamente fuesen entidades materiales, probablemente sería así, porque en el elemento material, el estado dinámico se manifiesta siempre en forma de lucha. Por eso las teorías materialistas de cualquier índole, cuando llegan a profundizar sus conceptos, la presuponen siempre. Tenemos la lucha por la existencia en Darwin, la lucha de clase en Marx. Un concepto material de las naciones debe considerar en la dialéctica histórica, la guerra como el elemento primordial. Abandonadas a las exigencias de la materia, a lo que en la vida social política se traduce en economía, las naciones tienden a la guerra en el plano internacional, así como en el nacional tienden a la lucha de clases. Esto es necesario tenerlo bien en cuenta: la presión de lo económico conduce, en lo interior, a la lucha de clases; en lo exterior, a la guerra. Bien se puede hablar de guerras ideológicas, pero hay que reconocer que el factor determinante de ellas es de carácter material.

Felizmente, las naciones son conglomerados espirituales de cultura. Se manifiestan en una estructura material, se realizan concretamente con exigencias temporales y contingentes; pero siempre permanece su forma esencial que es de naturaleza espiritual. Por eso, las actividades materiales de las naciones, sus expresiones políticas, sociales y económicas deben estar impregnadas de espíritu para que pueda llegarse a su verdadera vida. Así solamente será posible la paz de las naciones, una paz duradera que no puede estatuirse en una forma material determinada, sino en una forma fundamentalmente variable, adaptable a las exigencias temporales y con-

tingentes. Esta es una verdad tan evidente que no se explica uno cómo se ha pretendido dar valor de eternidad a los tratados entre naciones y cómo no se ha comprendido que muchas veces la violación de ellos no era otra cosa que el sometimiento a las exigencias de la historia, o a los dictados inmutables de la justicia. Porque si los principios que rigen las relaciones internacionales son eternos, fundamentados en la ley natural, y tienen validez ahora y siempre, los tratados que son solamente, o que deben ser, una expresión documental de estos principios, tienen sólo un valor de circunstancias, están sometidos al tiempo. Buscar cuáles sean estos principios y cuál la expresión de ellos que corresponde a estos tiempos es la imperiosa obligación de los estadistas actuales.

Y antes que nada, hay que afirmar la primacía del espíritu. Esto supone, por una parte, la subordinación de los elementos materiales a los elementos espirituales, y por otra, dentro de éstos, la de la voluntad a la razón. Nada de soberanía del pueblo ni de la mitad más uno; nada de democracia roussonista de tipo voluntarista; sino la ordenación racional, el predominio del intelecto, y la consideración de la continuidad vital de la cultura de los pueblos. Una división geográfica de carácter dinámico, una mejor distribución de colonias, de materias primas, de riquezas, y una economía subordinada a la vida de los pueblos, parecen ser puntos que no pueden dejar de abordarse. Nada de concupiscencias de odio, sino una profunda caridad y un deseo infinito de justicia, superior a toda otra consideración de conveniencia, logrará establecer la paz entre los pueblos, o los elementos necesarios para que puedan convivir juntos.



LOS CATOLICOS FRENTE A LA GUERRA

Publicamos a continuación las normas que ha impartido el Consejo Superior de la Asociación de Jóvenes de la Acción Católica Argentina sobre la posición que cabe adoptar ante los problemas doctrinales derivados de la presente guerra. Redactadas estas normas con una admirable ponderación, altura de miras y claridad, como que están fundadas no en conceptos de valor local, sino en los altos y universales principios impartidos por la Santa Sede, constituyen ellas un documento de la mayor importancia, que quisiéramos ver meditado, como merece, por nuestros lectores. No necesitamos decir que su contenido guarda total congruencia con lo que hemos sustentado y que al incluirlo en estas páginas, lo hacemos nuestro y le damos el carácter de una sistematización acertada de los principios que seguimos sosteniendo. (N. de la R.).

Introducción.

Desde que comenzó el actual conflicto, ambos frentes de lucha han echado mano de todos los recursos de propaganda y polémica, para convencer al mundo de la justicia de su causa e inclinarla en favor suyo.

El problema religioso es uno de los elementos más esgrimido y hay, aun dentro del Catolicismo, quienes pretenden que la Iglesia se pronuncie por determinado sector y lo que es más grave, por motivos de religión precisamente.

En tan serias circunstancias el Consejo Superior de la Asociación de los Jóvenes de la Acción Católica está en el deber de esforzarse por poner a salvo de todo error, deformación de criterio y división, a sus socios. Para ello, entiende que los mismos deben prescindir, como socios de la A. C., de cuanto tenga color de partido y bandería, ateniéndose estrictamente a las normas dadas por la Iglesia y nuestra Jerarquía.

Nuestros socios se regirán, en su conducta acerca de estas cuestiones, siempre de acuerdo con lo que reiteradamente y sobre todo en su alocución de Navidad expuso el Santo Padre Pío XII, como quiera que esta alocución pontificia tiende a fijar la posición católica, frente a los actuales acontecimientos y las encontradas ideologías, que intentan imponer un "nuevo orden" en el mundo, pero atendiendo sólo a lo que

S. S. dice y dejando a un lado lo que se intentó hacerle decir. Tendrán al mismo tiempo muy en cuenta nuestros jóvenes, que quien habla es el Vicario de Cristo **“con toda la autoridad de (Su) Ministerio Apostólico”**, es decir: ejerciendo un acto de su magisterio espiritual ordinario, que se extiende no sólo a la moral privada, sino también a la pública. De ahí que estemos los católicos en presencia **no de consejos, sino de enseñanzas, que han de ser interna y sinceramente aceptadas.**

Estas normas, de acuerdo por consiguiente con el solemnes documento pontificio ya citado y con las Encíclicas, que desde la “Quanta Cura” de Pío IX, en 1864, han venido iluminándonos por espacio de ochenta años, y además de acuerdo con las directivas del Venerable Episcopado Argentino, **que es el que a nosotros en comunión con la Santa Sede nos rige,** pueden concretarse en los siguientes puntos:

Doctrinas incompatibles y condenables.

1) Por ser incompatibles con las doctrinas de la Iglesia las del comunismo ateo, del nacionalismo extremo, del totalitarismo estatal, del liberalismo laicista y del racismo. nuestros Socios deben repudiarlas todas en **forma expresa**, sin que valga en este caso volverse contra una sola de ellas, por el hecho de que implícitamente llegue quizá a abarcar a todos los demás errores, o acogerse en este orden de cosas a la teoría del “mal menor”.

2) Sostener con la Santa Iglesia, que es condenable la agresión no provocada y contra el derecho de gentes el avasallamiento injusto de la soberanía de países inocentes; entendiéndose por agresión no provocada y avasallamiento injusto aquel que en realidad lo sea, **de acuerdo con los dictámenes de un tribunal imparcial y no precisamente de acuerdo con las afirmaciones de las partes.** Sostener asimismo que no es lícito por sólo razón de conveniencia atropellar fronteras, por lo que deben nuestros jóvenes hacer suyas las palabras del actual Pontífice cuando fueron invadidos Bélgica, Holanda y el Gran Ducado de Luxemburgo.

3) Sostener que es contra toda ley humana y divina la supresión de la libertad de conciencia y el desconocimiento de la dignidad de la persona humana, así como la persecución y la destrucción de las organizaciones culturales y religiosas de la Iglesia.

4) Mantener con el Santo Padre, que es indudablemente injusta la arbitraria limitación de los medios de vida, impuesta a unos pueblos en beneficio de otros y que todos, particularmente los más débiles, deben tener libre acceso a las fuentes de riqueza. **Sostener que la hegemonía económica de un Estado no le da derecho para atropellar directa o indirectamente la soberanía de otros.**

La paz sólo vendrá por la justicia y por la vuelta al verdadero Cristo.

5) Que una paz verdadera y durable no se conseguirá sino por la eliminación de esas injusticias, por el respeto absoluto de los justos tratados y por el desarme progresivo de los Estados.

6) Que para ello es indispensable que todos, individuos y naciones, "estén imbuidos de la fe en un Dios personal, legislador y juez, ante quien son responsables de sus actos".

7) Que para conseguir el reajuste del mundo actual no basta "una religión".

8) Que no basta para ser considerado como cristiano un individuo y un Estado, **el que profese fe en un Cristo "que no protesta contra la pasión y la avidez de la carne"**, lo que en realidad no es más que esconderse bajo "una máscara muerta del Cristianismo, sin aliento alguno del Espíritu de Cristo".

El verdadero orden: el que pregona la Iglesia.

9) Que mientras los bandos en lucha pregonan su "orden nuevo", **la Iglesia Católica pregona también el suyo**, "que debe construirse sobre la incommovible base de aquella ley moral, que el Creador mismo ha decretado para el ordenamiento de la naturaleza, inscribiéndola imborrablemente en los corazones de los hombres". Este "nuevo orden con fundamento moral" ha de ser el nuestro y no debemos apartarnos de él, para adherirnos a ningún otro.

10) Que si bien hoy existe una encrucijada, **no es la Iglesia ni el Cristianismo quién está frente a ella y en trance de definirse**, ya que lo ha hecho en renovadas ocasiones. Por el contrario, los que han de determinar, si se pliegan o no

al "nuevo orden con fundamento moral" de la Iglesia y ello sin reservas ni cortapisas, son los bandos en lucha.

La Iglesia ha hablado.

11) Que frente a lo que muchos desean, la Iglesia no ha dado su palabra de adhesión a ninguno de los bandos, sino que ha condenado los errores de ambos y que esto es lo que han de hacer los Socios de la J. A. C., en cuanto tales.

12) Que como los intereses que se debaten directamente en esta guerra **no son los que pertenecen a la jurisdicción propia y a la esfera de acción de la Iglesia**, no pueden los jóvenes de la J. A. C. pronunciarse, en cuanto tales, acerca del problema en litigio **por razones de orden religioso**.

Es verdad que ha sido violentamente agredido el orden religioso, pero no es ésta la causa de la guerra misma. Tanto más que estas agresiones no son de hoy, ni exclusivas de determinados pueblos; antes al contrario, fueron frecuentes y varias en los últimos tiempos y a pesar de ello no provocaron en su oportunidad ni siquiera una protesta de carácter diplomático en apoyo de la Iglesia, cuanto menos una intervención armada de potencias, que hoy la propaganda intenta presentar como campeones de la catolicidad.

Por todo ello no estamos con los hombres y sistemas que tal hacen, **estén o no estén en guerra**, y esta actitud es **abiertamente la nuestra mucho antes del presente conflicto bélico**, vale decir: **desde que fueron condenados por la Iglesia**. Estamos desde entonces con nuestros Pontífices y nos hemos hecho siempre eco, sumiso y en nuestra medida, elocuente, de sus palabras, cada vez que la Iglesia fué atropellada y no fuimos de **los que necesitaron la actual contienda para salir por los fueros de la Iglesia**.

Por ello ya entonces y, asimismo hoy, estamos **contra el socialismo y el comunismo, el totalitarismo y el liberalismo, el nacionalismo extremo y el racismo**, siguiendo en nuestra actitud las normas reiteradas por los Sumos Pontífices en los solemnes documentos de S. S. Pío IX: "**Quanta Cura**" *Syllabus*"; de S. S. León XIII: "**Quod Apostolici Muneris**", "**Diu- turnum illud**", "**Inmortale Dei**", "**Libertas**", "**Graves de Comuni**", "**Rerum Novarum**"; de S. S. Pío X: "**Il Fermo Propó- sito**"; de S. S. Benedicto XV: "**Pacem**"; de S. S. Pío XI: "**Ubi**

Arcano", "Quas Primas", "Non Abbiamo Bisogno", "Divini Illius Magistri", "Quadragesimo Anno", "Divini Redemptoris", "Mit Brennender Sorge"; de S. S. Pío XII: "Summi Pontificatus", "Mensaje de Navidad" y "Alocución de Pentecostés"; y de nuestros Obispos: Pastoral colectiva del Venerable Episcopado Argentino (octubre 1931), Resoluciones del V. Episcopado Argentino (agosto de 1937 y noviembre de 1938), documentos en los cuales muchas veces, con toda valentía y claridad se denunciaron las persecuciones religiosas, las injusticias sociales y las inmoralidades públicas, que son comunes a los bandos en lucha.

No adelantarse a los juicios de la Iglesia.

13) Ahora ocurre que aquellos hombres y sistemas, cuyos errores señaló la Iglesia y a causa de ellos precisamente, hombres y sistemas, representativos por lo general de determinados grupos de intereses nacionales, están en guerra: pero esta guerra ya no es contra la Iglesia, sino entre ellos y por motivos que no son de orden religioso y se querría que la Iglesia se pronuncie por una parte de ellos. Ahora bien, este pronunciamiento no puede ser sino acerca de la justicia o injusticia de las respectivas aspiraciones, cosa que no hará como parte.

Por lo que a las doctrinas de todos ellos se refiere, ya se ha pronunciado y aun antes del conflicto armado, con todo el peso de su autoridad y competencia.

En una y otra cosa estamos con la Iglesia.

Repudiamos, pues, como la Iglesia las repudia, las doctrinas condenadas; y adoptamos su misma actitud, frente al conflicto, es decir: no adelantarnos valiéndonos de sus documentos, a su juicio definitivo, que no se ha adherido, al menos hasta el presente, a ninguna de las fuerzas políticas litigantes, de las que sólo ha señalado los excesos y con absoluta imparcialidad.

Muchos son los regímenes buenos.

14) Tampoco podemos los socios de la J. A. C. valer nos de la autoridad de la Iglesia o del bien de la religión, para consagrar éste o aquel régimen político, porque no es esa con-

sagración asunto de su interés ni de su incumbencia. Cualquiera régimen político puede ser bueno si respeta el derecho natural y los derechos de Dios; por eso, lo que no ha dejado de hacer siempre la Iglesia, ajustándose estrictamente a su alta misión, es **denunciar con valentía lo que en todos los regímenes políticos ha habido o hay de incompatible con la doctrina católica.**

Corresponde por consiguiente a la J. A. C., de acuerdo con la doctrina expuesta, la sumisión a nuestras leyes y a los Poderes constituidos, en todo cuanto no se oponga a los derechos de Dios y de la Iglesia, siguiendo en esto, como en todas las orientaciones de nuestro Venerable Episcopado.

Preparemos la paz.

15) Sostenemos que esto no quiere decir que nosotros y mucho menos la Iglesia sea **indiferente al resultado de esta lucha**, que Ella y nosotros de todo corazón lamentamos; pero afirmamos que Ella tiene una misión sobrenatural que cumplir en la tierra, como Madre que es de todos los pueblos y por ello no es ni puede hacerse parte en la contienda. Confesamos que nosotros, en consecuencia, nos sentimos hermanos de todos los hombres sumidos en la miseria de la guerra, y creemos llenar nuestro deber de **apóstoles de la paz, repudiando por una parte los errores y los excesos de todos y luchando por otra, para que no se ahonden más y más los odios con campañas tendenciosas a la vez que inconducentes para la preparación de una paz cristiana, como son las que tienden a embarcar a la Iglesia en empresas que Ella ha recusado, o no ha abordado.**

Nuestro anhelo.

16) Teniendo, pues, en cuenta que por una y otra parte hay sentimientos patrióticos e intereses nacionales sumamente respetables; que de uno y otro bando hay gravísimos errores doctrinales y corrupción de costumbres: aquí un neopaganismo degradante, allí un ateísmo diabólico, en éstos un panteísmo social, en aquéllos el laicismo liberal; **no pediremos sobre unos o sobre otros un fuego del cielo que los destruya**, sino que "sobre la Casa del Nuevo Orden brille la estrella de Belén como símbolo y emisario de un nuevo espíritu, de un

espíritu que con los ángeles entone el cántico "Gloria a Dios en las alturas"; y que "cuando este día comience, entonces los pueblos y sus conductores podrán pensar sin temer reverses y emboscadas, en forjar de las espadas —que tan terribles heridas causaron— las rejas del arado, mediante cuyo trabajo pacífico bajo el Sol de la Divina Bendición se surcará la tierra para producir el pan que, desde luego, se conseguirá con el sudor, pero ya no con sangre y llanto".

Sigamos a la Iglesia.

17) Teniendo, pues, en cuenta que todo este cúmulo de errores y maldades es el que ha hecho crisis violentamente y ha puesto al mundo en esta tremenda encrucijada, única cosa que en esta ora infunde a la Iglesia gravísimos temores sobre la orientación espiritual de la sociedad futura, porque la raíz del mal está en todas partes, y ella consiste en el olvido general de Cristo y en el menosprecio de su doctrina; afirmemos con todo vigor y resolución nosotros, los Socios de la J. A. C., que la solución de este horroroso problema no vendrá ni por este ni por aquel jefe de partido, ni por este ni por aquel sistema político, sino por Cristo y su Evangelio y por la aceptación leal de su social y divina realeza.

Por ello, siguiendo a la Iglesia, no nos podemos adherir en cuanto participantes en el apostolado de la jerarquía de la Iglesia y fieles intérpretes de su espíritu y doctrina, a estos hombres ni a aquellos sistemas, sino que, más bien, es nuestro deber esperar, rogar y trabajar con la Iglesia, para que llegue de unos y de otros una adhesión salvadora a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, que es Cristo.

Entre tanto, puesto que una solución ha de imponerse al fin, sigamos a la Iglesia constantemente en el advertir, exhortar, recordar, iluminar verdades y señalar errores, para que la solución que sobrevenga sea conforme a la verdad y a la justicia.

Una actitud muy concreta.

18) Y esta actitud no responde a lo que a veces se califica de neutralidad cómoda y cobarde, sino que muy al contrario es ponerse de parte de la verdad y la justicia serena y cristianamente contemplada. No es quedarse a la expec-

tativa, sino abrazar una posición perfectamente determinada: la actitud de la Iglesia, que es la única que corresponde a los Socios de la J. A. C. en su carácter de tales.

Las persecuciones.

19) En cuanto, finalmente, a las persecuciones que actualmente soporta la Iglesia, aun durante el conflicto, conformamos en todo y con la mayor firmeza nuestras mentes a estas palabras del Papa: "...Nos parece increíble cómo en algunas regiones fueron adoptadas diversas medidas dirigidas contra el mensaje de la Fe cristiana, mientras que una propaganda enemiga del cristianismo puede desplegarse en toda su amplitud. Allí se busca substraer a la juventud de la influencia cristiana, tan benéfica y de enemistarla con la Iglesia en la caridad y en el gobierno de las almas hasta el mayor punto posible y se intenta eliminar su influencia en el individuo y la comunidad. Todas estas medidas no son amenguadas o suspendidas en el curso de la guerra sino, por el contrario y por varios conceptos, hasta se las intensifica. Un lamentable barómetro del estado de ánimo que los enemigos de la Iglesia crean entre los creyentes —además de sus no pequeños sacrificios actuales, que recargan el peso de su amargura espiritual que agobia sus conciencias— es el hecho de que esto y mucho más aún se siga haciendo en la actual emergencia. Dios es nuestro testigo de que, sin excepción, amamos a todos los pueblos del orbe. Para eludir también la sombra de una arbitraria parcialidad hemos mantenido hasta ahora una extremada reserva. Empero, las medidas adoptadas contra la Iglesia y los objetivos a que se tiende son de tal naturaleza, que nos sentimos en la necesidad de hablar claro, en nombre de la verdad, sobre todo, para desvirtuar toda posibilidad de complicaciones entre los propios creyentes".

Reprueba aquí positivamente el Santo Padre a los que mediante disposiciones legislativas cierran el paso al mensajero de la fe cristiana, mientras se da amplia libertad a la propaganda de los que se oponen a ella y a los que, a pesar de la guerra, no sólo no han cesado en una obra de persecución, sino que la acrecientan.

La J. A. C. hace suya la protesta del Papa contra las medidas persecutorias, que durante esta guerra, en claras pastorales, han señalado los obispos de los países atribulados por dicha persecución y las reprueba tanto en sí mismas, como

en la persona de aquellos que las promueven, sin vincular como tampoco lo hace el Santo Padre estos hechos con la justicia o injusticia de los móviles de la guerra misma, que como fué dicho, obedecen a otras causas, cuya justicia se ha de conocer por otros caminos.

Consideraciones finales.

20) Finalmente, advertimos a la J. A. C. que estas palabras tienen como único fin dar normas seguras y fijas a los socios de la J. A. C. y que de ninguna manera las anima un carácter polémico, por lo que **desde estas páginas no se responderá en modo alguno a quienes las consideren acertadas o no, oportunas o inoportunas, etc.** Todo eso está fuera de la naturaleza de nuestra revista.

Por otra parte, afirmamos (aunque ello está siempre sobrentendido) que todo cuanto aquí decimos lo sometemos sin reservas a la autoridad del Venerable Episcopado Argentino, que ejerce sobre nosotros toda autoridad, por lo que la más leve de sus indicaciones será siempre orden indiscutida.

Tan sólo, pues, de su alta autoridad hemos de aceptar directivas o rectificaciones en todo aquello que toca a los intereses, bien y defensa de la Iglesia.

Es esta una hora de obediencia y si llegare el caso, de obediencia heroica.

21) Terminaremos, pues, con aquellas palabras de nuestro Episcopado, para los socios de la J. A. C. ya tan conocidas: "Persuádanse los Jóvenes de la Acción Católica Argentina que la influencia más profunda, eficaz y duradera que podrán ejercer para bien de nuestra querida Patria, será su propia formación integral cristiana en las filas de la Acción Católica Argentina, y su apostolado organizado y participando en el Jerárquico de la Iglesia, que es continuación de apostolado de nuestro Divino Redentor".

**El Consejo Superior de la Asociación
de los Jóvenes de la Acción Católica.**

Buenos Aires, octubre de 1942.

‘ ‘ EL CHILENO ’ ’

DIARIO POPULAR INDEPENDIENTE

Base ideológico-social: las normas pontificias.
Independiente de todo partido político.

Fiscalista. — Noticioso. — Servicio completo
extranjero.

OFICINAS: ROSAS 1281

UN RENACIMIENTO ESPIRITUAL

Por H. Petitot. Edición SPLENDOR, 1943	\$ 16.00
Las tres Colonias, por Eduardo Solar C.	12.00
Temas Hispano-Americanos, por Pedro Lira Urquieta	15.00
La Biblia ha dicho Verdad, por Charles Marston	18.00
Itinerario Litúrgico, por J. Pérez de Urbel	34.00
Historia de la Cultura Europea, por María de Maeztu	36.00
Cinco Conferencias, por José M. Pemán	40.00
Miscelánea, por José Manuel Estrada	90.00
Poesía, por José María Pemán	49.00
Código de Moral Internacional	10.00
Documentación Pontificia, tomo I, Asuntos Económico- Sociales	18.50
Gráficos de Historia de la Filosofía	32.00
Historia de la Teología Católica, desde fines de la Era Patrística hasta nuestros días, por Martín Grabmann	75.00

LOS MEJORES LIBROS A LOS PRECIOS MAS BAJOS

LIBRERIAS Y EDITORIAL "SPLENDOR"

SANTIAGO: Av. B. O'Higgins 1626 - Cas. 3746 - Tel. 89145

VALPARAISO: Independencia 2042 - Tel. 7168.

YRARRAZAVAL, RODRIGUEZ Y CIA. LTDA.

BOLSA DE COMERCIO
CORRESPONSALES EN EL EXTRANJERO

T. E. RODRIGUEZ B.

B. YRARRAZAVAL R.

J. A. BARDELLI A.

S. YRARRAZAVAL L.

Cables: YRAVI — Casilla 8003 — Teléfonos: 60106, 69107,
68695 y 84161.

Jacques Maritain.

CONFESION DE FE (*)

Fuí instruido durante mi infancia, en el "protestantismo liberal". Conocí en seguida los diversos aspectos del pensamiento laico. La filosofía cientista y fenomenista de mis maestros de la Sorbona había terminado por hacerme desesperar de la razón. Hubo un momento en que creí que podría encontrar la certeza integral en las ciencias, Félix Le Dantec pensaba que mi novia y yo nos convertiríamos en discípulos de su materialismo biológico; (lo mejor que debo a mis estudios de esa época, fué que me hicieron encontrar en la Facultad de Ciencias, a la que, desde entonces, tuve la felicidad de tener siempre junto a mí en todos mis trabajos, en comunión perfecta y bendita). Bergson fué el primero que respondiera a nuestro deseo profundo de verdad metafísica y él fué quien liberó en nosotros el sentido de lo absoluto.

Antes de ser cogido por Santo Tomás de Aquino, las grandes influencias que sufrí fueron las de Carlos Péguy, de Bergson y de León Bloy; un año después de haber conocido a Bloy, al que escogimos como padrino, recibimos el bautismo católico.

Después de mi conversión al catolicismo llegué a conocer a Santo Tomás. Yo, que había viajado con tanta pasión entre todas las doctrinas de los filósofos modernos, y no había encontrado en ellas sino decepción y grandiosas incertidumbres, experimenté entonces como una iluminación de la razón; mi vocación filosófica me era devuelta en plenitud. *Desgraciado de mí si no tomistizo*, escribía en uno de mis primeros libros. Y desde hace treinta años de trabajos y combates, he caminado por la misma vía, con el sentimiento de simpatizar tanto más profundamente con las investigaciones.

(*) Traducido especialmente para "Estudios" por Luis Young Reyes.

los descubrimientos y las angustias del pensamiento moderno, cuanto que yo trataba de hacer penetrar más en él, las luces que nos vienen de una sabiduría elaborada por los siglos y que resiste las fluctuaciones del tiempo.

Para avanzar en esta vía es menester alcanzar sin cesar extremos singularmente distantes (porque ninguna solución de nuestros problemas se encuentra *enteramente preparada* en la herencia de los antiguos). Hay que hacer también una discriminación difícil entre la pura substancia de las verdades que muchos "modernos" rechazan, asqueados del farrago de las opiniones del pasado y todas las escorias, prejuicios, estamperías prescritas y construcciones arbitrarias, que muchos "tradicionalistas" confunden con lo que merece realmente ser venerado por la inteligencia.

Si he hablado de las diversas experiencias por que he pasado, es porque ellas me han brindado la ocasión de experimentar en mí mismo, el estado de espíritu del idealista libre-pensador, el del convertido inexperto, el del cristiano que adquiere conciencia, a medida que su fe toma raíces, de las purificaciones que ésta debe soportar. He podido asimismo adquirir alguna idea experimental sobre lo que vale el partido antireligioso y lo que vale el partido de los que se dicen que *piensan bien*. Ni uno ni otro valen mucho. Y la peor desgracia, del segundo consiste en que arriesga comprometer con él a la Iglesia inocente y perseguida, a esta Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, cuya vida esencial, *sine mácula, sine tuga*, está en la Verdad y en los Santos y que se encamina hacia su plenitud a través de las debilidades de los suyos y la ferocidad del mundo. Según mi opinión, Dios nos educa con ayuda de nuestras decepciones y de nuestros pasos en falso, para hacernos comprender al fin que no debemos creer sino en El y no en los hombres: circunstancia que pone en condiciones de maravillarse de todo el bien que existe en éstos, a pesar de todo, y de todo el bien que hacen a pesar de ellos mismos.

He llegado en definitiva a la conclusión que no hay prácticamente sino dos maneras de conocer el fondo de las cosas, o, si se quiere hablar así, dos "sabidurías"

(ambas "locas", pero de opuesta manera): la de los pecadores, que abrazan la nada, hasta agotar su sabor, esta nada que todas las cosas han salido y que adquieren en esta forma, una experiencia plena de este mundo —en el mal del mundo más que en su bien; y la sabiduría de los santos que al adherir a la Bondad subsistente que ha hecho todas las cosas, reciben una experiencia plena de Dios y de la creación en el amor—, pagando por todo el mundo con sus sufrimientos y su compasión. ¡Pero qué! Es algo anormal esperar que los discípulos de la vana sabiduría, si no están endurecidos por el orgullo y si son leales hasta el fin, frente a su propia experiencia, se salvarán al final "a través del fuego", por intermedio de los discípulos de la verdadera sabiduría. Y si se convierten antes de su muerte, serán quizás más ásperos que los otros para censurar a sus hermanos que han permanecido en la noche. De manera que después de haber gozado mucho tiempo de las delicias del mundo, gozarán un momento de las delicias de sus virtudes, y permanecerán vanos hasta el último día, antes de entrar en la eternidad.

No es éste el lugar para exponer tesis de filosofía especulativa. Diré solamente que considero a la filosofía tomista como una filosofía viva y actual y de un poder tanto más grande, para la conquista de nuevos campos de descubrimiento, cuanto que sus principios son más firmes y ligados más orgánicamente. A la vista de la sucesión de las hipótesis científicas, algunos espíritus se asombran que uno pueda inspirarse hoy en principios metafísicos reconocidos por Aristóteles y Tomás de Aquino, que están entroncados con la más antigua herencia intelectual de nuestra especie. A esto respondo, que el teléfono y la radio no impiden que el hombre siga teniendo siempre dos brazos, dos piernas y dos pulmones, que se enamore y que busque la felicidad como sus lejanos antepasados; por lo demás, la verdad no reconoce criterio cronológico y el arte del filósofo no se confunde con el arte de las grandes costureras.

Yendo más lejos, se debería explicar que los progresos de las ciencias de los fenómenos, en que el aspecto

“problema”, está muy marcado, tienen lugar, sobre todo, por *substitución* de una teoría a otra teoría, que sabía menos hechos y fenómenos conocidos; en cambio, el progreso de la metafísica y de la filosofía, donde el aspecto “misterio” es predominante, tiene lugar, sobre todo, por *profundización*. Por otra parte, los diversos sistemas filosóficos, por inuy mal fundados que puedan estar, constituyen, en cierto modo, en su conjunto, una filosofía virtual y fluyente, que cabalga en fórmulas opuestas y doctrinas adversas y es dirigida por lo verdadero que contienen todas ellas.

Si existe, pues, entre los hombres, un organismo doctrinal asegurado por entero en principios ciertos, se incorporará éste, con atrasos más o menos grandes —debidos a la pereza de sus defensores— y llegará a *realizar* progresivamente en sí, esta filosofía virtual, que logrará constituirse, al mismo tiempo y por lo mismo, en forma orgánica. Esta es la idea que me he formado del progreso de la filosofía.

Si digo después de esto, que la metafísica que crece está fundada en la verdad, puede caracterizarse como un realismo crítico y como una filosofía de la inteligencia y del ser, o más precisamente aun, del *existir* mirado como el acto y la perfección de todas las perfecciones, estas fórmulas no tendrán sin duda algún interés sino para los especialistas. Breves reflexiones sobre el significado histórico de la filosofía moderna serán más apropiadas sin duda.

En la Edad Media la filosofía era, de hecho, tratada ordinariamente como un instrumento al servicio de la teología; culturalmente, no se hallaba en el estado requerido por su naturaleza; el advenimiento de una sabiduría filosófica o profana que terminó por constituirse para sí misma y según sus finalidades propias, respondía por lo tanto a una necesidad histórica; pero la desgracia consistió en que esta obra se realizó bajo el signo de la división y de un racionalismo sectario; Descartes *separó* la filosofía de toda superior sabiduría, de todo lo que en el hombre viene de más alto que el hombre. Estoy persuadido que lo que ha faltado, desde hace

tres siglos; en el orden intelectual al mundo y a la civilización, ha sido una filosofía que desenvuelva en un clima cristiano sus exigencias autónomas, una sabiduría de razón no cerrada sino abierta a las sabidurías de la gracia. Hoy día la razón debe luchar contra una deificación irracionalista de las fuerzas elementales e instintivas que amenaza con arruinar a toda civilización. En esta lucha, la tarea que le incumbe es una tarea de integración; puesto que comprende que la inteligencia no es enemiga del misterio, sino vive de él, le es preciso *volver a entrar en la inteligencia*, con el mundo irracional de la afectividad y del instinto, como con el mundo de la voluntad, de la libertad y del amor, como con el mundo supra-racional de la gracia y de la vida divina.

La armonía dinámica de los grados del saber se manifestará en la misma forma. Desde este punto de vista, el problema propio de la edad en que entramos será, nos parece, tratar de reconciliar la *Ciencia* y la *Sabiduría*. Las ciencias mismas parecen invitar a la inteligencia a este trabajo. Las vemos despojarse de los vestigios de metafísica materialista y mecanicista que ocultaban su verdadero rostro, y pedir una filosofía de la naturaleza; y además, **las admirables renovaciones** de la física contemporánea, devuelven al sabio el sentido del misterio balbuceado por el átomo y por el universo. Una crítica del conocimiento, constituida con un espíritu verdaderamente realista y metafísico, tiene desde entonces, probabilidades de ser escuchada, cuando afirme la existencia de estructuras de conocimiento específica y jerárquicamente distintas (distintas, pero no separadas) y muestre que corresponden a tipos de explicación originales que no podrían substituirse uno a otro.

Los griegos habían reconocido esta gran verdad que la contemplación es en sí, superior a la acción. Pero la habían transformado, de inmediato, en un **gran error**: creían que el género humano vive para algunos intelectuales; según su manera de ver, hay una categoría de especialistas —los filósofos— que viven una vida supra-humana, y al servicio de los cuales está la vida propia-

mente humana, que es la vida civil o política; al servicio de la cual, en fin, está la vida sub-humana del trabajo, es decir, finalmente, la vida del esclavo. La alta verdad de la superioridad de la vida contemplativa, estaba ligada de este modo al desprecio del trabajo y a la llaga de la esclavitud.

El cristianismo ha transfigurado todo eso; ha enseñado a los hombres que el amor vale más que la inteligencia; ha transfigurado la noción de la contemplación, que en lo sucesivo no se detiene en el intelecto, sino solamente en el amor al Dios contemplado; ha devuelto a la acción su significado humano de servicio al prójimo, y ha rehabilitado al trabajo, descubriendo en él como un valor de redención natural, y como una prefiguración natural de las comunicaciones de la caridad; ha llamado a la contemplación de los santos y a la perfección, no a algunos especialistas o a algunos privilegiados, sino a todos los hombres — todos los cuales, simétricamente, están sometidos a la ley del trabajo. El hombre es a la vez "homo faber" y "homo sapiens"; y "homo faber" antes de ser verdaderamente en acto "homo sapiens" y para poder llegar a serlo. De este modo el cristianismo ha salvado, mas, transformándola, y libertándola del error que la viciaba, a la idea griega de la superioridad de la vida contemplativa.

La contemplación de los santos completa hasta la perfección y consume una aspiración natural a la contemplación que es consubstancial al hombre, y de la que dan testimonio especialmente, los sabios de India y Grecia.

En ella, por medio del amor, el conocimiento de las cosas divinas llega a ser experimental y fructífero. Y precisamente, porque es obra del amor en acto, pasa también a la acción, en virtud de la generosidad misma y de la abundancia del amor, que es don de sí. Entonces la acción procede de la superabundancia de la contemplación: y aquí se tiene como, lejos de suprimir la acción o de oponerse a ella, la contemplación la vivifica. En este sentido, que se refiere a la esencial generosidad de la contemplación del amor, hay que reconocer con Bergson que, en la superabundancia y en el exceso de

la donación de sí, de que dan testimonio los místicos cristianos, se advierte el signo de que han logrado desembocar en las heroicas cumbres de la vida humana.

La búsqueda de la suprema contemplación y de la suprema libertad, son dos aspectos de la misma búsqueda. En el orden de la vida espiritual, el hombre aspira a una perfecta y absoluta libertad y por lo tanto, a una condición sobrehumana; de eso dan testimonio los sabios de todos los tiempos. El oficio de la ley es un oficio de protección y de educación de la libertad, un oficio de pedagogo. Al término de esta pedagogía el perfecto espiritual está emancipado de toda servidumbre y aun, como dice San Pablo, de la servidumbre de la ley, porque hace espontáneamente lo que constituye la ley, y no es ya más que un solo espíritu y amor con el Creador.

La búsqueda de la libertad se encuentra, según mi parecer, en el fondo del problema social y político. Pero allí, en el orden de la vida temporal, no es una libertad divina el objetivo de nuestros deseos, es una libertad proporcionada a la condición humana y a las posibilidades naturales de nuestra existencia terrestre. Importa no engañarse sobre la naturaleza del bien que se busca en este aspecto; no es la simple preservación del *libre arbitrio* de cada uno; y no es tampoco la *libertad de poder* de la comunidad social; es la *libertad de desarrollo* de las personas humanas que forman un pueblo y comulgan con su bien. La sociedad política está destinada a desenvolver condiciones de vida común que, junto con procurar primeramente el bien y la paz del todo; ayuden positivamente a cada persona en la conquista progresiva de esta libertad de desarrollo, que consiste antes que nada en la floración de la vida moral y racional. Por esto la justicia y la amistad son los fundamentos propios de la vida de la sociedad; y ésta debe ordenar hacia la obtención de los bienes verdaderamente humanos, todos los bienes materiales, los progresos técnicos y los equipos de poder que constituyen, también, parte de su bien común. Pienso que las condiciones históricas y el estado todavía inferior del desenvolvimiento de la humanidad, hacen difícil que la vida social alcance plenamente

su fin y que, respecto a las posibilidades y a las exigencias que el Evangelio nos aporta en el orden social-temporal, estemos todavía en una edad prehistórica. Hay en las colectividades humanas (como se ve en nuestros días por la psicosis de las masas que adoran a Stalin o a Hitler, o que sueñan con exterminar a ciertas categorías que se juzgan diabólicas, en particular a los judíos, sin duda porque son el pueblo de Dios) un fardo tal de animalidad francamente enfermiza, que muchos siglos son necesarios todavía para que la vida de la personalidad pueda adquirir verdaderamente, en el mayor número, la amplitud a que aspira. Queda que el fin a que tiende por sí la vida social, consiste en procurar el bien común de la multitud, de tal suerte que la persona concreta, no solamente en una categoría de privilegiados, sino en la masa íntegra, acceda realmente a la medida de independencia que conviene a la vida civilizada y que asegure a la vez las garantías económicas del trabajo y de la propiedad, los derechos políticos, las virtudes civiles y la cultura del espíritu.

Estas concepciones se relacionan con vistas de conjunto más vastas que la denominación de *humanismo integral*, me parece ser la más propia para designarla y que comprometen toda una filosofía de la historia moderna. Un humanismo tal, que considera al hombre en la integralidad de su ser natural y sobrenatural, y que no plantea ningún límite *a priori* para el descenso de lo divino en el hombre, puede ser llamado también, humanismo de la Encarnación.

En el orden social-temporal no pide a los hombres que se sacrifiquen por el imperialismo de la raza, de la clase o de la nación; les pide que se sacrifiquen por una vida mejor para sus hermanos y por el bien concreto de la comunidad de las personas humanas. Por esta misma razón no podría ser sino un humanismo heroico.

Se ha notado a menudo que el liberalismo burgués, que pretende fundarlo todo en el individuo tomado como un pequeño dios y en su buen placer, en la libertad absoluta de la propiedad, del comercio y de los goces de la vida, desemboca fatalmente en el estatismo. El reino del Número produce la omnipotencia del Es-

tado, de un Estado de tipo rumiante (plutocrático). El comunismo puede ser mirado como una reacción contra este individualismo; pretende orientarse hacia la emancipación absoluta del hombre que se convertirá en el Dios de la historia; pero en realidad esta emancipación, suponiendo que se realizara, sería entonces la del hombre colectivo, no de la persona humana, y la sociedad como comunidad económica subyugaría toda la vida de las personas; porque se hace consistir en las funciones económicas, la obra esencial de la sociedad civil, en lugar de ordenar esta obra a la libertad de desarrollo de las personas: lo que se considera como emancipación del hombre colectivo sería la esclavitud de las personas humanas. En cuanto a las reacciones anti-comunistas o anti-individualistas de tipo totalitario o dictatorial, no es en nombre de la comunidad social y de la libertad del hombre colectivo, es en nombre de la soberana dignidad del Estado, de un Estado de tipo carnicero o en nombre del espíritu del pueblo, o en nombre de la raza y de la sangre, como ellas quieren anexar al hombre por entero a un todo social, en que la persona del jefe es la única que goza, hablando con propiedad, de los privilegios de la personalidad. Aquí se explica por qué, al necesitar para ellos mismos la abnegación y entrega totales de la persona, y al no tener ni el sentido ni respeto de la persona, los Estados totalitarios buscan, en los mitos de la grandeza externa y en el esfuerzo nunca terminado hacia el poder y prestigio, un principio de exaltación humana; lo que tiende por sí mismo a la guerra y a la auto-destrucción de la comunidad civilizada. Si hay gentes de la Iglesia —las hay cada vez menos— que cuentan con las dictaduras de este género para promover la religión de Cristo y la civilización cristiana, olvidan que el fenómeno totalitario es un fenómeno religioso desviado, en el que, una mística terrestre devora a cualquiera otra mística, de la clase que sea, y no tolera ninguna a su lado.

Frente al liberalismo burgués, al comunismo y al estatismo totalitario, se requiere, no me canso de decirlo, una solución nueva, a la vez personalista y comunitaria, y que vea en la sociedad humana una organi-

zación de libertades. En esta forma somos conducidos a una concepción de la democracia, o de la comunidad de los hombres libres, muy diferentes de la de Juan Jacobo Rousseau, y que puede llamarse *pluralista*, porque pide a la ciudad que asegure sus libertades orgánicas en las diversas familias espirituales y en los diversos cuerpos sociales reunidos en ella, a partir de la comunidad natural básica (sociedad familiar). El drama de las democracias modernas consiste en haber buscado sin saberlo y bajo las especies de un error (la deificación de un individuo ficticio enteramente cerrado en sí mismo), algo que es bueno: el desarrollo de la persona real abierta a las realidades superiores y al servicio común de la justicia y de la amistad.

Esta democracia personalista pretende que cada cual está llamado, en virtud de la común dignidad de la naturaleza humana, a participar activamente en la vida política y que los detentadores de la autoridad que es una función vital en la sociedad y un real derecho de dirección, deben ser libremente designados por el pueblo. Por esto ve en el sufragio universal el primero de los signos prácticos por los cuales una sociedad democrática, adquiere conciencia de sí misma y a los que no podría en ningún caso renunciar. Ella no tiene mejor divisa y más significativa, que la divisa republicana, comprendida como que indica, no un estado de hecho, en el cual el hombre no tendría sino que instalarse, sino un término que hay que alcanzar, un objetivo difícil y elevado al que hay que tender a fuerza de valor, de justicia y de virtud. Porque la Libertad debe ser conquistada, por la eliminación progresiva de las diversas formas de servidumbre; y no basta proclamar la Igualdad de los derechos fundamentales de la persona humana, cualquiera que sea su raza, religión o condición: esta igualdad debe pasar realmente a las costumbres y estructuras sociales, y debe dar su fruto en una participación más y más vasta de todos en el bien común de la civilización; por fin, la Fraternidad en la ciudad pide que la más alta y la más generosa de las virtudes, este amor a que ha llamado el Evangelio a nuestra ingrata especie, pase al orden mismo de la vida política. Una

democracia personalista es, a decir verdad, inconcebible, sin las sobrelevaciones que la naturaleza y las civilizaciones temporales reciben en su orden propio, de las energías del fermento cristiano.

Estoy persuadido que el advenimiento de una democracia de esta clase, que supone que el antagonismo de las clases ha sido superado, exige que se pase verdaderamente, y mediante una verdadera renovación de vida y de justicia, más allá del capitalismo y del socialismo, viciados ambos por una concepción materialista de la vida. Nada le es más opuesto que el totalitarismo fascista —social-nacionalista o nacional-socialista— en el cual el capitalismo no es "sobrepasado", sino por el paroxismo de los males que engendra.

Haré notar que los cristianos se encuentran hoy en el orden social-temporal, ante problemas análogos a los que sus padres habían encontrado, en los siglos XVI y XVII, en el orden de la filosofía de la naturaleza. En esa época, la física y la astronomía modernas que nacían, no formaban sino un solo cuerpo con las filosofías erigidas contra la tradición. Los defensores de ésta no supieron hacer los necesarios discernimientos y tomaron partido contra lo que iba a llegar a ser la ciencia moderna, al mismo tiempo que los errores filosóficos que, en su origen la parasitaban. Han sido menester tres siglos para salir de este equívoco, si es efectivo que el mundo ha salido de él. Sería funesto volver a comenzar hoy, en el dominio de la filosofía práctica y social con semejantes errores.

Según las palabras de Pío XI, el gran escándalo del siglo XIX, fué el divorcio entre la clase obrera y la Iglesia de Cristo. En el orden temporal, una tragedia semejante ha sido la separación de las masas obreras, respecto a la comunidad política. El despertar, en las inmultitudes obreras, de lo que el vocabulario socialista llama la conciencia de clase, nos parece como una ganancia de gran precio, en cuanto vemos en ello, la adquisición de conciencia de una dignidad humana ofendida y humillada y la adquisición de conciencia de una vocación. Pero este concepto se ha encontrado unido a una catástrofe histórica, en cuanto a esta adquisición de

conciencia ha sido echada a perder, por el mesianismo de desesperación y de guerra social que existe en el fondo de la idea marxista de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado; y ha sido precisamente, a esta concepción *secesionista*, de que Marx fué el protagonista, y que pide a los proletarios de todos los países que no conozcan otro bien común que el de su clase, a esta concepción, digo, la ceguera de las clases poseedoras ha precipitado a las masas obreras.

Quien ha meditado en estos hechos fundamentales y en la historia del movimiento obrero, comprende que el problema temporal y espiritual de la *reintegración* de las masas, es el problema central de nuestro tiempo. Mi opinión es que uno no aporta a este problema sino una solución artificial e ilusoria, cuando por la violencia, junto a mejoramientos materiales, por otra parte, buenos en sí mismos, pero ejecutados con espíritu de dominación, y a una solicitud psico-técnica consagrada a satisfacer y adormecer los apetitos, se busca, como en la Alemania nacional-socialista, y se trata de fabricar *esclavos felices*. (En el hecho, no se fabrica ahí sino esclavos desgraciados, autómatas del no-ser). Por muy difícil, lenta y dolorosa que sea, la reintegración del proletariado en la comunidad nacional —no para ejercer en ésta una dictadura de clase, sino para colaborar en cuerpo y alma, en la obra de la comunidad— no se verificará *realmente*, es decir, *humanamente*, sino mediante una refundición de las estructuras sociales que se opere con un espíritu de justicia; no llêgo a la ingenuidad de creer que esta reintegración podrá realizarse sin choques y sin sacrificios (por un lado, para el bienestar de los privilegiados de la fortuna y por el otro, para las teorías y los instintos destructores de los fanáticos de la revolución). Pero estoy persuadido que ella requiere antes que todo, la libre cooperación de las élites obreras y de las masas que las siguen, —todo eso, en una mejor inteligencia general de las realidades históricas y en una conciencia no obstruida sino acrecentada con la dignidad del ser humano, trabajador y ciudadano. En forma semejante, la vuelta de las masas a la cristiandad no se realizará sino por el amor, digo, por

el amor más fuerte que la muerte, por el fuego del Evangelio.

No renunciaremos nunca a esperar en una nueva cristiandad, en un nuevo orden temporal de inspiración cristiana. Ahora bien, si es cierto que los medios deben corresponder al fin, y constituyen ya el fin mismo, como en estado de vía y preparación, entonces está claro que para preparar un orden social cristiano se necesitan medios cristianos, es decir, verdaderos, es decir, justos, es decir, animados, aun cuando por la necesidad son medios duros, por un verdadero espíritu de amor. En dos libros (1) publicados en 1930 y 1933, he insistido largamente ya en estas verdades axiomáticas. Nada es más grave y escandaloso que ver, como lo vemos desde hace algunos años en ciertos países, medios inicuos y bárbaros empleados por hombres que dicen ser los propulsores del orden cristiano y de la civilización cristiana. Es una verdad que está inscrita en la naturaleza misma de las cosas, que la cristiandad se volverá a constituir por medios cristianos, o terminará por deshacerse completamente.

El estado presente de las naciones obliga a constatar, que el espíritu nunca ha sido tan profundamente humillado en el mundo, como en estos tiempos. Sin embargo, el pesimismo, siempre, al final, se engaña a sí mismo. Desconoce la gran ley que podríamos llamar: la ley del doble movimiento energético de la historia. Mientras que la usura del tiempo disipa y degrada naturalmente las cosas de este mundo y la "energía de la historia", o la masa de actividad humana de que depende el movimiento de la historia; las fuerzas creadoras que son lo propio del espíritu y de la libertad y su prueba, y que normalmente tienen su punto de aplicación en el esfuerzo de algunos —consagrados por ello al sacrificio— remontan más y más la calidad de esta energía. He ahí el trabajo de los hijos de Dios en la

(1) "Religión y Cultura"; "Del Régimen temporal y de la Libertad".

historia, he ahí el trabajo de los cristianos, si no desmienten el nombre que llevan.

Nada comprendemos de este trabajo si nos imaginamos que pretende instalar al mundo, en un estado en que hayan desaparecido todo mal y toda injusticia; después de lo cual, al considerar el resultado, es demasiado fácil condenar estúpidamente al cristiano, como utópico. El trabajo del cristiano consiste en mantener y aumentar en el mundo, la tensión interna y el movimiento de la lenta y dolorosa liberación, debido a los poderes invisibles de la verdad y de la justicia, de la bondad y del amor, en actividad en la masa que los contraría; y ese trabajo no puede ser vano, produce seguramente su fruto.

Desgraciado el mundo si los cristianos lo desertan, si dejan de hacer *su oficio*, que consiste en elevar aquí abajo la carga y la tensión de lo espiritual, si escuchan a los ciegos, conductores de ciegos que buscan, en lo que va por sí mismo a la disolución y a la muerte, los medios del orden y del bien. No nos hacemos ninguna ilusión sobre la miseria de la naturaleza humana y la malicia del mundo. Pero tampoco nos hacemos ninguna ilusión sobre la ceguera y malignidad de los pseudo-realistas que cultivan y exaltan el mal para luchar contra el mal, y que toman al Evangelio como a un mito decorativo, que no se podría tomar en serio sin descomponer la máquina del mundo. Ellos mismos, mientras tanto, se encargan perfectamente de arruinar, enloquecer y desesperar a este desgraciado mundo.

El fermento de los fariseos, contra el cual Cristo nos ha puesto en guardia, representa una tentación permanente para la conciencia religiosa. Sin duda este fermento no será expulsado del todo, sino al fin de la historia. Mientras éste llega, en el orden social como en el espiritual, hay que luchar sin descanso contra él. Por muy grande que pueda ser la masa de mal, a la que pretenda oponerse una masa de farisismo, ésta representará siempre un mal *tan grande* como aquéi, porque el bien que le opone es un bien que no vive sino que mata, como la letra sin el espíritu y que deja a Dios sin recursos en el hombre.

Una de las enseñanzas más graves que nos brinda la experiencia de la vida, es que, en el hecho, en el comportamiento práctico de la mayor parte, *sin el amor y la buena voluntad*, todo lo que en sí mismo es cosa buena y muy buena, —la ciencia, los progresos técnicos, la cultura, etc., y aun el conocimiento de las reglas morales y también la fe religiosa misma, la fe en el Dios vivo, que por sí misma exige el amor de caridad—, todo eso, sin el amor sirve para hacer a los hombres más malos y más desgraciados: porque sin el amor y la caridad, el hombre convierte lo mejor que tiene, en el más grande de los males.

Cuando uno ha comprendido eso, no pone ya su esperanza aquí abajo, más que en la buena voluntad de que habla el Evangelio (habla de la buena *voluntad* y no de la buena *veleidad*), en esas fuerzas obscuras de un poco de bondad verdadera, que se obstinan en hacer germinar y en que vuelva a germinar la vida, en lo más secreto de las cosas. No hay nada más pobre y más oculto, nada tan próximo a la debilidad de la infancia. Y no hay tampoco sabiduría más fundamental y más eficiente, que esta sencilla y tenaz confianza, no en los medios de violencia, de astucia y de maldad, que son ciertamente capaces de aplastar a los hombres y de triunfar y que un grano de arena, con todo, basta para hacerlos estrellarse unos contra otros, sino en la confianza en los recursos del valor personal para darse por entero, uno mismo, y en la buena voluntad aplicada a cumplir rectamente las tareas cotidianas: porque, en este abandono y despreocupación aparente, pasa la fuerza de la naturaleza y del Autor de la naturaleza.

J. M.



NEWMAN, EL GENIO DE OXFORD

Primeros años.

En los albores del siglo XIX, bajo un cielo enrojecido por los cañones que más tarde Nelson y Wellington harían dos veces gloriosos en Trafalgar y Waterloo, nació en Londres, el 21 de febrero de 1801, JUAN ENRIQUE NEWMAN.

Dé su padre, judío holandés, heredó el genio extraordinario de los Hijos de Israel, que en Newman se manifestó con toda la plenitud de sus potencias. De su madre, descendiente de hugonotes franceses, recibió la inspiración calvinista que empapó sus primeros años de bíblicas enseñanzas. Dice Manuel Graña que “a fuerza de leer la Biblia sobre sus rodillas, llegó a saberla de memoria”.

Lindaba en los ocho años cuando ingresó a un colegio particular. Su precocidad y su viva imaginación, unidas a un carácter voluntarioso, hicieron de Juan Enrique un caudillo escolar. Parece extraño que a esta fortaleza espiritual se uniera, además, cierta timidez, sensibilidad y afectuosidad casi femeninas.

Su “Diario” y sus primeros versos datan desde los nueve años. Posteriormente, a los doce, escribió un “ensayo dramático”, y luego, a los catorce, se reveló su espíritu polémico cuando redactó dos periódicos escolares que llamó “Espía” y “Contraespía”. En 1816 redactó el “Espectador” por el estilo del de Addison.

La pasión literaria mantuvo siempre vivo el fuego de su actividad intelectual durante toda su vida.

Cuando ingresó en la Universidad de Oxford (1816), Newman era ya una bella promesa como hombre de letras y de pensamiento. La posteridad recogió el fruto maduro de su talento para asignarle un puesto de honor entre los clásicos ingleses.

Un profesor del “Trinity College” (de la misma Universidad), donde ingresó Newman gracias a una beca ganada en 1817, dijo a su padre que había ido a visitarlo: “¡Qué precioso regalo nos ha hecho Ud. al darnos a su hijo!”.

Se graduó de bachiller en 1820, y dos años después obtuvo el cargo de "fellow" del "Colegio Oriel" de la Universidad de Oxford. Desde este momento empezó a ser conocido y a conquistar el prestigio que merecía su exquisita calidad intelectual.

Renunciando a los halagos del mundo, abrazó la carrera eclesiástica, ordenándose de sacerdote anglicano en 1824. Es notable que este hombre, aunque autorizado por su religión para contraer matrimonio, mantuviera firme su decisión, formada desde 1816, de permanecer toda su vida en el celibato. Siempre pensó que la "vocación de su vida" exigía este duro sacrificio.

Apenas ordenado sacerdote, le fué ofrecida la Vicaría de San Clemente, la que aceptó gustoso y feliz de ser allí un "mensajero del cielo". En 1826 ocupó una de las cuatro plazas de "tutor" del mismo "Colegio Oriel". Esta nueva designación cimentó más el prestigio ganado por Newman en los círculos universitarios de Oxford.

Detengámonos aquí para entrar a considerar uno de los múltiples e interesantísimos aspectos que abarca la vigorosa personalidad de Newman: el aspecto religioso de su vida.

Nos interesa el anglicano convertido.

PRIMERA EPOCA

El anglicano.

"Hasta los quince años —el mismo nos lo cuenta— no he formado convicción religiosa alguna". Conoció perfectamente el catecismo anglicano, y la lectura de los Sagrados Textos fué siempre su aplicación favorita. Si bien hasta esa edad no tuvo convicción religiosa, tuvo, en cambio, inquietud y amor por lo sagrado.

En sus apuntes de 1820-23 escribió: "yo era muy supersticioso durante el tiempo anterior a mi conversión, y hacía la señal de la cruz constantemente al entrar en algún sitio obscuro". La "conversión" de que nos habla, es la entrada en la edad de la reflexión, a los quince años.

Su primera cultura religiosa la adquirió leyendo a Paine, que objetaba el Nuevo Testamento, a Hume y a Voltaire. En 1816, Walter Mayers puso en sus manos numerosos libros

calvinistas que le hicieron, por primera vez, sentirse bajo la influencia de un credo definido. Entre éstos, el de Romaine lo rememora así: "No recuerdo el título ni el contenido, excepto una doctrina, la cual, naturalmente, no incluyo entre las que creo derivadas de fuente divina, a saber, la doctrina de la perseverancia final". Desde entonces tuvo la conciencia de que "estaba predestinado a la gloria eterna".

Otra concepción adquirida en estos años fué la de que eran "sólo dos, supremos y luminosos, seres absolutamente evidentes": su alma y Dios.

Influenciado por los "Ensayos" de Tomás Scott, a quien dice deberle el alma, abjuró de sus anteriores creencias; y el dogma de la Trinidad Divina empezó a agitar su espíritu.

De las doctrinas calvinistas sólo arraigaron en su alma "el hecho de cielo e infierno, de fervor divino y divina cólera, de justificado y no justificado". Pero una impresión definitiva sobre el problema la tuvo después de leer "La Vocación Seria" de Law, obra opuesta al calvinismo y de orientación católica. Es interesante notar que, al plantearse la verdad de los castigos eternos, ensayaba "por diversas maneras hacer esta verdad menos terrible para la razón humana.

"La Historia de la Iglesia", de José Milner, le llevó a interesarse por San Agustín, San Ambrosio y los Padres de la Iglesia. Luego un tratado de Newton, sobre las profecías, le convenció de que el Papa de Roma era el Anticristo profetizado por Daniel, San Pablo y San Juan. Desde este año, 1816, hasta 1843, mantuvo esta convicción.

El poco calvinismo que le quedaba, se esfumó gracias a la amistad estrecha con el preboste de Oriel, Dr. Hawkins, quien le hizo leer el "Tratado de la Predicación Apostólica", de Summer, obra que fué de efecto definitivo en este sentido y que le enseñó la doctrina de la regeneración bautismal (1822 a 1825).

Otro amigo, cuya influencia es digna de anotarse, fué el Dr. Whately, que después fuera Arzobispo de Dublin. Este hombre fué el que primero ilustró a Newman sobre la naturaleza del peligro que amenazaba a la Iglesia Anglicana con una profunda crisis ideológica y moral. Le enseñó a considerar a la Iglesia "como un cuerpo sustantivo o corpora-

ción” y a apreciar los problemas de la vida eclesiástica desde “puntos de vista antiestatales” que giraban, principalmente, en torno a todo lo relacionado con el gobierno de la Iglesia Anglicana.

Estos “puntos de vista” fueron los que caracterizaron el famoso “Movimiento de Oxford”, del cual pasamos a ocuparnos.

El “Movimiento de Oxford”

En 1832, Newman viajó a Italia en compañía de su amigo íntimo, Hurrell Froude, y regresó a Inglaterra el 9 de julio de 1833. El Movimiento ya se había iniciado. “Al volver a mi país —nos dice— encontré que había comenzado un movimiento contrario al peligro específico que en aquella época amenazaba la religión nacional y su Iglesia. Varios hombres, celosos y capaces, habían unido sus consejos y estaban en correspondencia unos con otros. Los principales eran: Mr. Keble, Hurrell Froude, que había vuelto mucho antes que yo; Mr. William Palmer, de Dublin y del Worcester College (no Mr. William Palmer, de Magdalen, que es ahora católico); Mr. Arthur Perceval y Mr. Hugh Rose”. Este último había fundado en 1832 el “British Magazine” para agitar la opinión pública inglesa y unir a todos los hombres que quisieran seguir tras el ideario del Movimiento.

Los iniciadores pensaron en la necesidad de crear una organización fuerte que pudiera controlar la acción del Movimiento; pero Newman y Froude advirtieron la dificultad práctica de que estos hombres estaban dispersos; Rose en Suffolk, Perceval en Surrey, Keble en Gloucestershire, Froude en Barbados y Palmer en Oxford.

Por su parte, Newman opinó que “los movimientos no nacen de comisiones, ni las grandes ideas se producen por correo, aunque haya sellos baratos”. Tuvo otro argumento más: “Las Universidades —decía— son centros naturales de movimientos intelectuales. ¿Cómo pueden los hombres obrar en conjunto, cualquiera que sea su celo, si no están unidos en una especie de individualidad?”.

Estaba claro en el pensamiento de Newman que era indispensable buscar la unidad de lugar, esa “especie de indi-

vidualidad" —según su expresión— y ella no podía ser otra que la Universidad.

Palmer estaba en Oxford, donde su autoridad e influencia serían el mejor timbre de prestigio para el Movimiento. Oxford significaba, por otra parte, una unidad mucho más trascendental y profunda: la unidad de tradiciones históricas, de "comunes memorias" y "un intercambio de ideas en el pasado y un progreso y aumento de este cambio en el presente".

Esta magnífica visión de Newman se impuso a los ojos de todos, e importa la razón histórica de la denominación de "Movimiento de Oxford".

El 13 de julio de 1833, desde el púlpito de la Universidad de Oxford, Mr. Keble pronunció aquel famoso discurso que la historia recuerda con el nombre de "Apostasía Nacional".

La "Apostasía" fué el verdadero grito de batalla que invitó, al pueblo anglicano, a luchar contra el racionalismo alemán que anegaba de incredulidad las conciencias y apagaba el fervor de los corazones.

Newman, por su cuenta, inició la publicación de "tracts", que fueron apasionados manifiestos, repartidos por su autor y sus secuaces, en todos los barrios de Londres y las principales ciudades del Reino.

El polemista del "Espía" y "Contraespía" de 1815, volvió a agitar su pluma nerviosa y certera para defender el anglicanismo contra los "principios liberales" o "liberalismo religioso". —como llamaron entonces a las ideas racionalistas alemanas— que penetraba, poco a poco, en las esferas aristocráticas y gubernamentales, comprometiendo las tradiciones religiosas del Reino y haciendo "de los altos dignatarios de la Iglesia y de los sacerdotes —como dice Graña— serviles esclavos del Estado".

El primer "Tract for the Times", apareció el 9 de setiembre de 1833, cuyo tono polémico alarmó a Palmer y demás iniciadores. En este primer "tract", y en los posteriores, Newman desarrolló la doctrina de la Sucesión Apostólica, que había aprendido del Reverendo William James en 1823.

El planteamiento de esta doctrina importaba una revisión de los fundamentos dogmáticos del anglicanismo, para poder sostener que era, este sistema religioso, el único sucesor legítimo del cristianismo primitivo, considerado como ideal.

Con razón se alarmaba Palmer y sus amigos. ¿Presentían el error, que Newman habría de constatar después, de que la Iglesia Anglicana era la legítima heredera de la Iglesia de Cristo?

Adentrándose en el estudio de la antigüedad cristiana, fué vertiendo en sus "tracts" todo el fruto de sus investigaciones.

Newman, que buscó por sobre todo la luz de la Verdad, en unión con su amigo Froude, fué estableciendo los fundamentos históricos y dogmáticos que buscaba, y que resultaron ser los de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Como dice Thureau-Dangin (1), "a la reforma liberal, ellos oponen la idea, aun imperfectamente definida en sus espíritus, pero más profunda, de una contrareforma de tendencia católica; ellos sueñan con poner, en las instituciones, en las creencias y en las almas, una buena parte de lo que ha hecho falta durante los siglos precedentes".

No faltó quien acusara a Newman de "traidor al servicio de Roma, que no buscaba otra cosa que la ruina de la Iglesia de Inglaterra". Fué éste un injusto cargo contra el sincero anglicano que rechazaba con igual vigor al liberalismo religioso y al "papismo" romano.

Fué tal el revuelo provocado por los "Tracts" de Newman y tan inmensa la fama que con ellos conquistara, que su nombre resonó más allá de los mares, señalándolo como el campeón del pensamiento religioso de su siglo.

He aquí algunos juicios, citados por Thureau-Dangin, de sus compatriotas contemporáneos: Lake declaraba que, en esos años, "Oxford ha sido gobernado e inspirado" por Newman y que "nada comparable se ha visto jamás, sea antes, sea después". Tait reconocía que "Newman reinaba soberanamente en la Universidad y cautivaba lo mejor de la juventud". Shairp, refiriéndose a la transformación operada en el Movimiento "Tractoriano", se preguntaba dónde estaba "el centro, el alma de la que emanaba tal poder" y él mismo se respondía: "Este poder reposaba en un solo hombre, un hombre, bajo muchos aspectos, el más notable que la Inglaterra haya visto durante este siglo, tal vez el más notable que la Iglesia anglicana haya producido en ningún siglo". Cuando ai-

(1) "La Renaissance Catholique en Angleterre". Parte I.a, pág. 69.

guien le preguntaba a Ward cuáles eran sus creencias, éste contestaba aquellas palabras que hizo célebre: "Mi Credo es extremadamente sencillo: ¡CREDO IN NEWMANUM!".

SEGUNDA EPOCA

Duda y conversión.

En 1937 publicó Newman "El Oficio Profético de la Iglesia, visto en relación al romanismo y al protestantismo popular", obra que pretendió ser un tratado de Teología Anglicana. El libro quiso ser una exposición definitiva de la teoría de la "Vía Media", nombre que autores famosos habían dado al sistema religioso anglicano. "Vía Media" quería significar una posición alejada de los extremos de "romanismo papista" y de "protestantismo popular", expresión esta última con que se designaban las demás ramas del Cristianismo Reformado".

Esta "Vía Media" que rechazaba, por una parte, el abuso del juicio privado (protestantismo) y por la otra, la infalibilidad doctrinal (catolicismo), se esforzaba por reivindicar, para el anglicanismo, el principio dogmático y sacramental. Ya dijimos que el Movimiento de Oxford, dirigido por Newman, se lanzó a la tarea de establecer la legítima representación sucesoria de la Iglesia Anglicana respecto del cristianismo primitivo.

Dos años después de la publicación del "Oficio Profético" llegó a las manos de Newman un número de la "Revista de Dublin", en el que venía un artículo titulado "Reclamación Anglicana", firmado por Wiseman, a quien había conocido en Roma (1832).

El artículo rebatía la teoría de la "Vía Media", aplicando los argumentos de San Agustín contra los donatistas africanos que, encabezados por Donato, Obispo de Cartago, sostuvieron que la Iglesia Católica no era la verdadera, por haberse apartado de la línea que Cristo y sus Apóstoles habían señalado.

Newman rechazó la idea del artículo, argumentando, por su parte, que el cisma de la Iglesia Africana revistió caracteres distintos al que separaba su Iglesia de la Romana. Aquel fue "un caso de altar contra altar" y éste era un conflicto de una Iglesia contra otra. No podía aplicarse un mismo cri-

terio a casos fundamentalmente diversos por su origen e importancia.

Wiseman, conocedor del espíritu profundamente filosófico de su amigo, le invitó a meditar en estas palabras de San Agustín citadas en su artículo: "Securus judicat orbis terrarum", esto es, "Seguro me juzgo en toda la tierra".

San Agustín, al juzgar el caso de los donatistas, fué más allá de ellos y sus argumentos tenían el valor de una regla general aplicable a los cismas de todos los tiempos. Por eso decía que se juzgaba seguro en toda la tierra, dando con esto a sus dictámenes el carácter de una sentencia definitiva.

Newman, meditando el alcance de la fórmula agustiniana, sintió que toda la construcción teórica de la "Vía Media" se derrumbaba en el preciso momento en que tuvo que exclamar: "puede ser que la Iglesia de Roma tenga razón en absoluto".

Turbado su espíritu con esta primera duda, sus convicciones flaquearon y su conducta tornóse menos anti-romana.

Los "tracts" reflejaron este notable cambio, dejando ver que la verdad estaba "no en la Vía Media", sino en lo que se llama **partido extremo** (Roma). Famoso es el "tract 90" que sentó, como primer principio, el deber de los anglicanos de tomar las "confesiones reformadas, en el sentido más católico que puedan admitir".

Cuando se le insinuó que retirase este "tract", se negó firmemente a hacerlo, y a retratarse de sus afirmaciones. El "tract" fué condenado, y su autor duramente perseguido por los obispos anglicanos.

Estudiando la Historia Arriana (verano de 1841) "la visión había venido por segunda vez" a demostrarle la debilidad de los fundamentos apostólicos anglicanos y a presentarle estos fundamentos en favor de Roma.

El nombramiento de un Obispo anglicano en Jerusalem, con fines políticos y de entendimiento con el protestantismo prusiano, terminó por exasperar a Newman.

Renunció su curato de Santa María (1843) y se retiró a vivir en Littlemore como un simple seglar.

El sermón de despedida fué un desborde de su alma dolorida. "¡Madre, Madre —decía invocando a la Iglesia de Ingla-

terra—, ¿cómo es posible que hayas recibido tantas cosas buenas y no sepas conservarlas? ¿Cómo has dado a luz tantos hijos y no los reconoces? ¿Por qué esa generosidad de intención, esa devoción tierna y profunda? ¿Por qué las flores y las promesas caen de tu seno sin permanecer en tus brazos?” (Graña).

Newman fué una de esas flores caídas desde el seno de la Madre Iglesia Anglicana; pero que revivió, porque en su espíritu se había injertado el catolicismo; para convertirlo en fruto de Eterna Verdad.

Alejado de sus amigos y de su Iglesia, los días y las noches de Littlemore transcurrieron lentas, hasta cumplirse dos años (1843-45) de hondas meditaciones y progresivas decisiones.

Alivianó la carga de su conciencia, publicando su “retracción de las violentas acusaciones que había dirigido contra Roma” y empezó a prepararse para el “gran acontecimiento”, como llamó al día de su conversión.

La Divina Providencia hizo que, en octubre de 1845, tuviera que pasar por Londres, en dirección a Bélgica, el Superior del Convento Pasionista de Aston, Rvdo. P. Domingo, a quien Newman admiró siempre por su santidad y talento.

Por intermedio de sus amigos católicos obtuvo que el Padre Domingo accediera a pasar por Littlemore, disponiéndose la entrevista en casa de Newman para la noche del 8 de octubre.

El Padre llegó a la hora convenida. Llovía abundantemente. Mientras el pasionista secaba junto al fuego sus ropas humedecidas, Newman, no pudiendo contener sus ansias de perdón, se echó a sus pies, pidiéndole que le oyera en confesión.

El “gran acontecimiento” quedaba así consumado

Al día siguiente, en unión de otros amigos, profesó su Fe, y el 31 del mismo mes, recibió la Confirmación de manos de Wiseman, el amigo que supo conducirlo de la duda a la certidumbre.

hubiera desarrollado su elite, según la doctrina tan armoniosa y tan completa de la "Idea of a University".

Desde su fracaso en Irlanda hasta 1864, guardó silencio. En este año, el Dr. Kinsley inició violentos ataques contra el clero católico, la Iglesia Romana y el mismo Newman. El polemista del movimiento "tractariano" le salió al encuentro.

Fruto de esta polémica fué su obra autobiográfica: "Historia de mis creencias religiosas", llamada también "Apología pro vita sua", única de sus obras traducida al español, por Manuel Graña. Posteriormente, escribió la "Gramática del Asentimiento" de cuyo mérito literario y filosófico dan cuenta sus críticos y comentadores.

Estas últimas producciones, sus polémicas con Gladstone, sus versos y predicaciones, le devolvieron la fama y los honores perdidos. La Universidad de Oxford, que había proscrito al "traidor" del anglicanismo, hubo de recibir al católico, reconocer la honradez de sus actos y nombrarlo "fellow" honorario, brindándole el más apoteósico de los recibimientos el 26 de febrero de 1878.

Al año siguiente (1879), León XIII le hizo Cardenal en el mes de mayo. En su escudo cardenalicio grabó esta máxima de enorme contenido humano: "Cor ad cor loquitur", el corazón habla al corazón".

Para el epitafio de su tumba dejó esta hermosa frase que resume la historia de su vida: "Ex umbris et imaginibus in veritatem", que Graña traduce: "de las sombras a la realidad", es decir, de las sombras del error a la realidad luminosa de la Eterna Verdad.

Su muerte, tranquila y santa, acaeció en su Oratorio de Edgbaston el 11 de agosto de 1890.

Este "gigante de la Fe" —como le llama don Pedro Lira— junto al filósofo español Jaime Balmes, forma una igualdad de potencias morales e intelectuales no superada en el siglo XIX.

Con Carlyle y Ruskin se le señala formando la "trinidad de los grandes maestros nacionales".

Contemplando una fotografía de su época de Cardenal, nos hizo la impresión de un barco que con la quilla, de su perfil judío, iba cortando las aguas del mundo en su constante navegar por los océanos del pensamiento.

Recto de conciencia, profundo en sus concepciones, tierno y amoroso, a la vez que enérgico y decidido, inquieto y estudioso, éste fué Newman, el genio de Oxford.

Letras y Arte

"TRES SONETOS DE PEDRO PRADO".

Nueva contribución al arte de uno de los más grandes poetas de América.

"NAVIDAD EN ACULEO". Linóleo de Margarita Valdés de Letelier.

CRISTAL DE LIBRERIA

- "Ustedes y nosotros", por Waldo Frank.
- "Presencia de Chile", por Luis Durand.
- "Arte y Catolicismo", por Marie-Alain Couturier.
- "Las ciencias del espíritu y la escuela", por Eduard Spranger.
- "Didáctica general", por A. y J. Schmieder.
- "Eminencia gris", por Aldous Huxley.
- "La roca de Sísifo", por Roger Callois.
- "O'Higgins", por E. Orrego Vicuña.

EL CORREO LITERARIO

Colección Austral de "Espasa-Calpe Argentina".

Cres Sonetos

I

*Más me valiera, Amor, no haber nacido
que ser como la hierba de un alero;
si la flor es fugaz; la mía ha sido
de la fugacidad lo pasajero.*

*Huí la tierra y sin haber vivido
aun la tierra despreciable quiero;
ansiaba el cielo, y sin lograrlo mido
esta mezquina altura en que me muero.*

*Todo perdí ¿qué cosa hube alcanzado
de cielo y tierra al verme desterrado?
Sólo aire en torno desolado miro;*

*el destino castiga el loco empeño;
tronché mi vida sin lograr ser dueño
del alma inalcanzable que yo aspiro.*

II

*Deshojando sin término mi error,
al revés de la rosa deshojada,
atónita contempla mi mirada
espina ausente y recobrada flor.*

*Y era este, Dios mío, mi dolor,
el andar con el alma equivocada,
ahora, cuando está transfigurada,
sabe, por vez primera, qué es amor.*

*Rosa formada por crueldad de espinas
que coronas a un Dios, sólo asesinas,
el cuerpo miserable doblegado;*

*también tú te deshojas silenciosa,
y en la fugacidad de breve rosa
rosa de eternidad has revelado.*

III

*Abrigo el alma en versos que desdengo,
y no teniendo más, los doy de almohada
a vida sin vivir, de imaginada,
que la vigilia puebla con su sueño.*

*Vano el vivir, y vano el loco empeño;
mi vida es una vida malograda;
tan sólo de mi verso soy el dueño,
una sombra, una espuma y una nada.*

*Pesa el ala si al cuerpo se repliega;
pesa el cuerpo, si el ala va extendida;
el vuelo libre, que el destino niega,*

*es triste como el cuerpo que se olvida.
El ala estorba, que el esfuerzo cansa;
el vuelo sin el ala es mi esperanza.*



NAVIDAD EN ACULEO.

Linóleo de
Margarita Valdés de Letelier.

CRISTAL DE LIBRERIA.

"USTEDES Y NOSOTROS", por Waldo Frank. — Editorial Losada. Buenos Aires, 1942.

Este último libro del ilustre norteamericano que nos visitara hace poco tiempo, está confeccionado por las conferencias que el autor pronunció en Buenos Aires. Apreciamos aquí un sincero deseo por buscar y poseer una verdad de destino que guíe las fuerzas de vida propias del país norteamericano y las propias de este conglomerado de naciones iberoamericanas. Con honradez va discerniendo los defectos íntimos a la estructura social y asísmica de los hombres del Norte y del Sur. Ve la guerra en todo su alcance de transformación social, particularmente en lo que al orden económico se refiere. Nos ilustra con noticias de algunos valores humanos y creadores de su país.

Todo el libro anida un espíritu libre, ansioso de esperanza, pero no nos logra dar un poder para asentarla en los ideales que la guerra ha despertado.

El tono emocionado, las metáforas con que simboliza los procesos y fenómenos del momento, el impulso de esperanza y fraternidad, con todo el aparejo de optimismo que puedan despertar, no dan un carácter hondo y luminosamente trascendente a lo que podemos llamar visión histórica; con todo, permanece la pureza de intención de W. Frank y un nuevo aporte en el conocimiento concreto de los valores esencialmente culturales de varias figuras solitarias de Norte América, a la vez que sabe sentir las diferencias de misión histórica que incumben a su país y a los nuestros.

A. L.

"PRESENCIA DE CHILE", por Luis Durand. — Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1942.

Es un libro cuyo título está muy bien colocado. En realidad la palabra "Presencia" tiene un sentido fotográfico, estático; presencia es la pintura ya sea de una creatura o de una entidad. Luis Durand ha querido pintar a Chile basado en las características que le parecieron más relevantes. Supersticiones chilenas, cueca, tonada, interpretación del roto, el caballo chileno; todos conceptos que Durand utiliza para dejarnos insinuada la idiosincrasia de nuestro pueblo. Pero en toda pintura es necesario el colorido y hubo una escuela llamada impresionista que tomó como base y finalidad el color. sus contrastes, su juego, olvidando el valor de la línea que, en pintura, es el principio que limita y armoniza el color. En literatura el impresionismo está caracterizado por el juego de los adjetivos que son los que dan el colorido a una obra. Durand tiene la cualidad relevante de conocer los adjetivos

necesarios para dar color a un paisaje, pero también notamos que ama demasiado el color, esto es, la frase luminosa, el vocablo que insinúa una idea no expresada o expresada más allá de su valor conceptual. Para dar la sensación de luz no dirá "luz" sino "robusta luz", "luz estática", "luz fría", "luz montada en el horizonte". Pierde, por tanto, la idea su valor, la línea conceptual aparece avasallada por la fiesta de los adjetivos que dejan un resquicio a los lectores para meditaciones no impresas.

Durand describe a Chile con verdadero amor. La emoción que imprime a sus pinturas del paisaje no tienen otra raíz sino que el amor y la esperanza de su tierra. Igual sucede con su capítulo "Apreciación del roto" en que nos habla con cierto dejo sentimental de las cualidades de nuestro pueblo. Pero se nos permitirá una pequeña observación: nos parece que es hora ya de hablar no ya de las cualidades o defectos de nuestro pueblo, sino que de las raíces esenciales que lo mueven a ser en determinada forma. Nuestro pueblo está más allá de la pura descripción, que nos lleva a declarar únicamente que nuestro pueblo se distingue de otros; está más allá porque sus características obedecen a causas existenciales comunes a todos los seres. Tenemos el derecho de pedir que esas raíces se descubran y se canten porque allí está el principio de nuestra fuerza.

C.

"ARTE Y CATOLICISMO", por Marie-Alain Couturier.—Editorial Difusión Chilena. Santiago de Chile, 1942.

El aparecimiento de esta obra en nuestras librerías chilenas nos ha llenado de gozo. Siendo Chile un país católico cae también en lo que Couturier llama "el alejamiento de los católicos respecto a los problemas provocados por el arte moderno". Todo lo que el autor culpa a los católicos es aplicable a nuestros católicos encastillados en anticuadas o superficiales nociones artísticas. Este libro tiene el poder de abrir el campo de estudio, de despertar inquietudes, y a nuestro modo de ver, tiene la finalidad de provocar en los cristianos un interés, principio del amor, en lo que se refiere al estudio y conocimiento de la realidad artística moderna. Abre campos este libro; sitúa al cristiano, como ser auténtico en el plano de la inspiración artística. Y con cierto hálito nostálgico y angustioso se pregunta si la contemplación de la belleza, obra y atributo de Dios, no será un camino luminoso y abierto para que el hombre lo encuentre y en El entregue su búsqueda; si la visión de las cosas no lo llevará necesariamente a un acto de adoración y de amor. Pero —se contesta— la experiencia del hombre, del Renacimiento a nuestros días, lo ha llevado a una ferviente búsqueda de sí mismo de tal modo que quiere ver reflejada, como el Narciso enamorado, su propia figura en toda creación, en todo acto,

en cualquier manifestación de su ser. Narciso buscará siempre en el fondo de sus ojos la luz que los ilumina encontrando sólo reflejos fuerte o débiles que lo llevarán más adentro. Si la contemplación de la belleza es un camino hacia Dios, es un camino muy desierto hoy día. "Dios salva a los artistas —dice Couturier—, porque son hijos suyos, hijos más locos y dolientes que los otros. Les salva por sus locuras y dolores, que son a menudo el precio de su arte. No los salva por su arte".

Nos parece de singular importancia el análisis luminoso de Couturier sobre la caridad y egoísmo de los artistas. Caridad similar a la cristiana porque ama las cosas tal como son, sin interés por poseerlas, amor que "es posibilidad real de desprenderse del mundo" y adquirir la libertad de los hijos de Dios. Egoísmo porque en la contemplación de la belleza "saben que sus obras dependen de cierta armonía interior, de un estado de plenitud y pujanza, semejante a un estado de gracia al que todo debe ser sacrificado, y que es, no obstante, demasiado frágil.

Basado en estos puntos de vista Couturier analiza el arte del Greco y de Picasso, genios, el primero vislumbrador con ojos de la carne de las bellezas divinas; el segundo acróbata cruel y terrible en constante tentativa del hombre infinito.

Es un libro palpitante, actual y fruto de una experiencia, dolor y amor, por lo que agradecemos a Editorial Difusión Chilena, que nos ha dado de él una buena traducción de Roque Esteban Scarpa.

C.

"LAS CIENCIAS DEL ESPIRITU Y LA ESCUELA, por Eduard Spranger. — Editorial Losada. Buenos Aires, 1942.

E. Spranger examina en este libro tres problemas fundamentales de la pedagogía: el problema de las relaciones entre las ciencias del espíritu y la escuela, el de la significación de la pedagogía científica para la vida del pueblo y, por último, el de los diversos tipos de formación y el sentido que ella debe alcanzar. El primero de estos estudios es extraordinariamente importante. En él analiza Spranger, con singular penetración y amplitud, la teoría de la estructura como principio nuevo de la psicología y de las ciencias del espíritu, la comprensión como método para aprender y organizar teóricamente tales estructuras y la cuestión sobre la posibilidad científica de una actitud valorativa y "la altura objetiva de los valores de las potencias espirituales". En realidad, dado la densidad de las páginas de este libro, no podemos sino enunciar las materias tratadas. Además, resulta innecesario hacer notar la influencia de Spranger en la pedagogía contemporánea.

"DIDACTICA GENERAL", por A. y J. Schmieder. — Biblioteca Pedagógica. Editorial Losada, Buenos Aires, 1942.

Un nuevo libro agrega Editorial Losada a su selecta Biblioteca Pedagógica que dirige con reconocido acierto Lorenzo Luzuriaga. Libro de carácter general, reúne con claridad y expone de manera sintética numerosos problemas de pedagogía y es un útil introito para obras de especialización y más minucioso análisis. Estudia los problemas de la instrucción tanto en su aspecto teórico como práctico, y aunque se concreta a la instrucción primaria sus interesantes aportes pueden tener extensión aplicativa al ciclo secundario y en todo caso al mejor conocimiento del elemento humano con que deben trabajar los maestros. Un apéndice completa valiosamente los principios doctrinarios con un esquema sobre: "Recursos en la preparación de una lección", "Puntos de vista para juzgar una lección" y "Temas de redacciones pedagógicas".

"EMINENCIA GRIS", por Aldous Huxley. — Editorial Sud-Americana. Buenos Aires, 1942.

La curiosa personalidad del autor de "Contrapunto", se nos presenta en forma sugestiva y en cierto modo inesperada a través de esta obra. "Eminencia gris" es la historia de un capuchino célebre, de aquel mismo que sirvió de secretario al Cardenal Richelieu, pero en verdad, es el pretexto de que Huxley se sirve para exponer una serie de tesis filosóficas y religiosas, que le son caras. Podremos hallarle a la obra muchas fallas en el orden histórico, psicológico y literario, pero no podremos negarle al autor la trascendencia y dificultad del tema escogido. El padre José es un místico en el sentido más riguroso del término, algo más que un hombre de piedad, o un teólogo docto. Sin embargo este místico de vocación acaba por entregarse a la política y todavía, a la turbia y pernicioso política de Richelieu. Y para que el caso sea más extraño, no hay en este fenómeno nada de eso que podríamos calificar de apostasía, abandono a las concupiscencias, etc. El P. José sigue siendo hasta la última hora un excelente religioso de oración y un admirable jefe de policía secreta y espionaje al servicio de la casa de Francia. Confesemos que en este caso habrá un enigma tentador por descrifrar, el enigma de un iluminado por el contacto con Dios y que de pronto con la más perfecta inconciencia y con la más decidida abnegación trabaja por la causa del Tenebroso. No se ha equivocado Huxley al plantear así el caso del padre José, y al hacer evidente la posibilidad de las grandes ilusiones en las almas mejor iluminadas por poco que se desvíen de la luz interior. Pero la explicación definitiva que nos propone el escritor inglés, no acierta a aquietarnos, no es que le exijamos la total aclaración de un personaje tan denso; pero, sí, el concepto mismo

de mística que usa para iluminar a su protagonista, es un concepto defectuoso y en el que se desvanece el nervio mismo vital de toda mística auténtica. Nada resulta más fatal en ciertas materias como ver sólo un aspecto.

Pues bien, para Huxley la mística es antes que nada un proceso intelectual, esencialmente activo que conduce a la intuición de Dios, y para el cual se preexigen cierta aptitudes innatas. Si es así no se ve francamente qué significación moral, esto es, qué responsabilidad, puedan tener esos obstáculos que ponen las almas a la luz, y que según Huxley, puso el P. José, tales como la complacencia en ciertas actitudes, en ciertas posiciones ya adquiridas, cierta confianza secreta en aptitudes y medios de que se dispone, en fin, ciertas simpatías nacidas del fondo racial, etc. Tendremos que decir de un místico fracasado como el padre José, que lo fué muy a pesar suyo. No se le dió ver más. Y entonces el secreto del mal, de ese "tenebroso-cavernoso", como lo designa Huxley, se desvanece por completo.

En todo caso cabe hacer notar la evolución del autor de "Contrapunto". Desde un abierto escepticismo sobre los valores, ha llegado a una extraordinaria confianza en la eficacia de la contemplación de Dios, para el destino mismo de la historia humana. Esta lucidez la hallamos raras veces en los intelectuales de hoy, que prefieren demasiadas veces la fe en la victoria de las armas y en la opresión por la violencia, o en quién sabe qué oscuras pasiones adornadas de bellos nombres.

Se ha de lamentar en esta obra, el excesivo empeño de exponer la mística oriental y de compararla con la cristiana. Y es evidente que Huxley conoce bien la primera, no así la última. Y más aún interpreta a la mística cristiana a luz de la hindú. El resultado es algo decepcionante; fuera de que el esfuerzo exigido ocupa inútilmente muchas páginas. Pero con todo, Aldous Huxley, ha escrito un libro que renueva viejos y grandes problemas. Y esto es un mérito que debemos reconocerle y un signo revelador de su vitalidad espiritual.

R. G.

"LA ROCA DE SISIFO", por Roger Callois. — Editorial Sud-Americana. Buenos Aires, 1942.

En la primera página de este libro se encuentran las siguientes palabras: "Me ha parecido que la civilización seguía siendo en todas partes esencialmente idéntica y que no había época tan remota ni comarca tan lejana en que se encontrarán gravemente alteradas las condiciones de su nacimiento y de su renovación". Bajo el signo que envuelven estas palabras, R. Callois estudia algunos momentos de la historia de los griegos y de los chinos, y la vida en la Patagonia, tocando, así, en otras partes y en otros lugares los mismos problemas que nos conmueven en el presente, es decir, reactualizando la historia.

“O’HIGGINS”, por E. Orrego Vicuña. — Editorial Orbe. Santiago de Chile, 1942.

En el actual momento, cuando un vocerío de mediocres mira con ojos desorbitados al mundo ajeno en un afán de dejarse arrastrar como comparsas irresponsables, en la tormenta desencadenada, no podemos dejar de mirar con mirada de gratitud el esfuerzo de un hombre que trata de revivir la dignidad olvidada. Sobre la sangre y el polvo de nuestros héroes prendió nuestra vida nacional, no fué dado por extraños el patrimonio de nuestro pueblo.

La Obra que comentamos no pretende ser una epopeya ni dar contornos monumentales a la figura del Primer Padre de la Patria, es una evocación de esa noble característica de los forjadores de lo nuestro: la sobriedad escueta de su heroísmo.

Si existiera todavía la pasión de la Patria, tendríamos muchas obras como ésta, porque se comprendería que las necesitan nuestros niños en las escuelas, nuestros obreros como lectura de sus ratos descansados, y los soldados de Chile para conocer el patrimonio único y la sola causa que debe encender el fuego de su corazón: la tradición y el honor de Chile.

La política en decadencia, a la esperanza siempre de medrar, podrá llevar el destino de la Patria por tortuosos caminos, porque hace tiempo que olvidó la dignidad y teme al sacrificio, pero puede existir contra ella la fuerza y la voz del héroe más amado de nuestro pueblo, el compañero de O’Higgins y de Carrera, que hablando al corazón de nuestros niños y de nuestros jóvenes les diga con su aliento de fuego: “Aun tenemos Patria, ciudadanos”.

J. F. P.

EL CORREO LITERARIO.

COLECCION AUSTRAL. Espasa-Calpe Argentina, 1942. — Constituye un esfuerzo extraordinario que acaba de sobrepasar en el número de 300 los títulos publicados. He aquí algunas de sus últimas obras:

● **Carlos María de la Condamine: “Viaje a la América meridional”.** — Diez años de exploraciones en el Perú, realizadas por un incansable investigador francés del siglo XVIII.

● **Julio Camba: “La ciudad automática”.** — El inimitable humorista español hace una crítica jocosa a la mentalidad mecanizada de los Estados Unidos.

● **Julio Camba: “Aventuras de una peseta”.** — Graciosas sugerencias sobre un viaje por Alemania, Inglaterra, Italia y Portugal.

- **Samuel Butler: "Erewhon".** — Novela que, en el marco de una tierra imaginaria, sirve al autor para realizar satíricas observaciones sobre las costumbres inglesas.
- **Ricardo Levene: "La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad".** — Recopilación de artículos breves y discursos del Presidente de la Academia nacional de la historia, de Buenos Aires.
- **Rómulo Gallegos: "Pobre negro".** — Una novela del gran escritor venezolano que se ha labrado un merecido renombre desde su famosa obra "Doña Bárbara".
- **Amado Nervo: "Elevación".** — Uno de los mejores conjuntos poéticos del gran vate mexicano.
- **Alfredo de Russel Wallace: "Viaje al archipiélago malayo".** — Relato del célebre expedicionario inglés de la Oceanía, que adelantó considerablemente el conocimiento de esas regiones.
- **Alberto Insua: "El negro que tenía el alma blanca".** — Nueva edición de una novela de extraordinario éxito, que ha merecido traducciones a varios idiomas y su exaltación al teatro y al cine.

EN LA HORA DE CHILE

Encontrándose en prensa este número de diciembre, con involuntario retardo de nuestra parte, Chile ha anunciado el cambio radical de su política exterior. No la adhesión a regímenes incompatibles con nuestro credo cristiano, sino la fidelidad a nuestra invariable línea histórica de paz, fué lo que nos llevó a prestar en todo momento adhesión a la actitud independiente que había asumido el Gobierno. Vimos en esa actitud propia la defensa de nuestra individualidad amenazada, la legítima salvaguardia de nuestros derechos de nación libre y soberana, la continuidad ininterrumpida de nuestra tradición de honor y dignidad ejemplares en el continente, la esperanza de que, alejados de las luchas imperialistas, laboráramos positivamente en la construcción del mundo futuro, ofreciendo desde luego el aporte de nuestro pacifismo.

Se ha estimado, sin embargo, que hay que quebrantar esta línea e intentar el avance por caminos hasta hoy desconocidos por nuestra historia. La responsabilidad en este grave cambio no nos pertenece, pero, sí, gravita sobre todos el peso de sus consecuencias. No nos parece, por eso mismo, que el tiempo sea para distraerlo en el análisis de un hecho ya consumado e irreversible. Los acontecimientos, con rapidez implacable, nos tienen hoy en una encrucijada que reclama toda nuestra atención. Y en esta hora culminante para el destino de Chile cada uno tiene una obligación. La nuestra seguirá siendo mantener viva la conciencia de patria, cada vez más debilitada, y la fidelidad a los valores hoy oscurecidos, pero no muertos, de la cultura hispano-americana.

EN EL MANEJO DE NEGOCIOS O EN LA ADMINISTRACION DE BIENES SIGNIFICA UN APORTE VALIOSO SERVIRSE DE UNA EXPERIMENTADA Y EFICIENTE ORGANIZACION

NOS ENCARGAMOS PRINCIPALMENTE DE:

Cumplir órdenes de compra-venta de valores mobiliarios.

Atender al registro de accionistas de sociedades anónimas.

Pagar dividendos sobre acciones o debentures.

Tramitar la compra o venta de bienes inmuebles y efectuar remates de propiedades.

Urbanizar y lotear terrenos.

Controlar o dirigir la formación de sectores urbanos o barrios residenciales.

Atender a los señores **CORREDORES DE PROPIEDADES** en nuestro carácter de liquidadores de negocios de compra y venta ya formalizados, para los efectos de servir de depositarios del precio de compra y destinarlo a la cancelación de los gravámenes del inmueble.

Servir de depositarios en la formación de comunidades que tengan por objeto la construcción de edificios para venta de pisos y departamentos.

Administrar edificios de departamentos y en general propiedades de renta.

Administrar los inmuebles a que se refiere la Ley 6071 que dispone que los pisos o departamentos de un edificio pueden pertenecer a distintos propietarios.

Fiscalizar el cobro o la inversión de rentas de arrendamiento de propiedades, cuya administración está confiada a tercera persona.

Tramitar conversiones de deudas hipotecarias y otras operaciones de la misma índole.

Atender solicitudes de préstamos a largo plazo, en bonos, sobre predios urbanos o agrícolas, como representantes del Banco Hipotecario-Valparaíso.

Desempeñar los cargos de albacea con o sin tenencia de bienes, depositario o secuestre, liquidador de sociedades civiles anónimas y comerciales o de cualquiera clase de negocios. Síndico o delegado de síndico en juicios de quiebra. Guardador testamentario general, conjunto, curador adjunto, curador especial y curador de bienes.

De acuerdo con disposiciones especiales de la Ley, podemos administrar los bienes que se hayan donado o dejado a título de herencia o legado a capaces o incapaces, pudiendo sujetarse a esta forma de administración los bienes que constituyen la legítima rigurosa durante la incapacidad del legitimario.

Disponemos permanentemente para la venta, de sitios en los mejores sectores residenciales de Santiago.

SOLICITE INFORMACIONES Y FOLLETOS EXPLICATIVOS

DEPARTAMENTO DE COMISIONES DE

Banco de Chile

CONFIANZA

Segundo Piso

Imprenta "EL ESFUERZO"
Eyzaguirre 1116

16960YA 288
LBC
09-04-03 32180 XL 

Precio: \$ 5.00

